BIBLIOTECA DRAMATICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID Y PROVINCIAS.

Mejías

Precio 8 reales.

Se venden en *Madrid* librería de CUESTA, calle de Carretas, número 9, y en *Provincias* en casa de sus corresponsales.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

JERUSALEM

Ó EL TRIUNFO

DEL CRISTIANISMO.

Drama bíblico-religioso-fantástico en cuatro actos y en verso

POR

D. LUIS MEJÍAS Y ESCASSY.

Precio 8 reales.

PINTO:
IMPRENTA DE G. ALHAMBRA,
CALLE DE LAS MONJAS, 8.
1868.

A MIS QUERIDOS HIJOS

CONCHA y SALVADOR.

Hijos mios: cuando escribí esta obra, me hallaba separado de vosotros. Sin embargo, vuestra memoria, que nunca, ni un solo momento, se separaba de mi imaginacion, fué la mejor inspiracion para producirla. Por eso os la dedico, y para que estudieis, leyéndola, los santos principios que en su fondo encierra. Educáos en ellos, y cuando tengais edad para conocer los buenos frutos que producen, acaso agradezcais este recuerdo de vuestro padre, que os quiere tanto como á su vida,

Luis Mejías y Escassy.

PERSONAJES.

—

VERENICE, *Reina Hebrea, dama.*
RAQUEL, *segunda dama.*
CLEOPATRA, *Amazona Romana, dama.*
JOSEFO, *barba.*
VESPASIANO, *barba.*
TITO, *galan.*
DOMICIANO, *galan.*
DAVID, *segundo galan.*
FABIO, *segundo galan.*
UN CENTURION.

Centuriones, Capitanes y soldados Romanos de pueblo. Id. Hebreos, Amazonas Romanas, Angeles.

ACTO PRIMERO.

Campamento Romano, en la falda de un monte practicable por derecha é izquierda y por el centro en su altura. Tiendas de campaña á derecha é izquierda. Aparecen Vespasiano y Tito; centinelas; soldados Romanos repartidos en grupos y sin órden por la escena.

ESCENA PRIMERA.

VESPASIANO, TITO *y Soldados Romanos.*

TITO. Disculpo, padre, ese afan,
causa de tus muchos años.
VESP. No, Tito; falta á mi dicha
la ventura de tu hermano.
Domínale la ambicion,
y ella le lanza arrojado
á emprender tales hazañas
que me causan sobresaltos.
TITO. Vencedor siempre le vimos,
nunca vencido; sus pasos
siguiendo voy por do quiera;
y mientras mas arrojado
él, yo, padre, mas prudente;
tú, mas discreto y mas sábio.
La estrella que en la campaña
nos guia, venturoso ástro
es para nosotros; ella
proteje al pueblo Romano.
VESP. Sí, causa justa. Ese pueblo,
esa raza de menguados
hebreos, que, á los preceptos
de Roma, con desacato
se niega, que quiere ser
libre, absoluta en su mando,
y no presta sumision
al Emperador Romano,
embebecida en sus crímenes

practica desmanes tantos,
que debe ser castigada.
Venguemos sus atentados.
Venguemos el cometido
contra ese hombre llamado
Jesus, santo y prodigioso,
segun dijeron los sábios,
que apareció en Galilea;
ese hombre que fué enviado
sin duda por nuestros Dioses,
á quien ellos maltrataron;
á quien, porque reprendia
los vicios de un pueblo bárbaro,
asesinaron cruelmente,
segun noticias llegaron,
aunque vagas, á nosotros.
Ese hombre, Tito, es presagio
para mí, de que los Dioses,
á quienes idolatramos,
obedecen al impulso
de otro Dios mas soberano;
me lo dice el corazon,
y en el misterio luchando,
quiero vengar esa muerte
con la fuerza de mi brazo.

TITO. Pues bien, padre; no á las penas
deis espansion; alegraos,
pronto llegará la hora
que, en Jerusalem entrando,
se coronen los esfuerzos
que por nuestro pueblo hagamos.

VESP. Tito, por tu hermano temo!
Envidioso de tu fausto,
es capaz de una traicion
por arrebatarte el mando.
Y, qué hacer? Yo ya no puedo,
desfallezco con los años!
Yo necesito el apoyo
de un capitan esforzado
que me acompañe en la lucha,
que solícito á mi mando,
atropelle los peligros
segun le marque mi mano.
Tu hermano, al ver que tú ocupas,
como mayor, ese alto
puesto, formando sus huestes,
combatiendo sin reparo

por su cuenta, á todo arrostra;
mas poco prudente, al cabo,
comprometer puede un dia
el honor de los Romanos.
Partió ayer del campamento,
dónde fué, lo sé yo acaso?
Podrá volver vencedor,
mas si vencido, es probado
que entrega su vida antes
que así retornar al campo.

TITO. Pues dale á él el mando, padre;
yo no ambiciono...

VESP. Escusado
es, Tito, cuanto me digas;
no es posible; son mandatos
de nuestras leyes, que el hijo
mayor herede en el mando
al padre; pues tú lo eres,
á tí toca en este caso,
ser caudillo de las huestes
del noble pueblo Romano.

TITO. Ya tarda en volver!

VESP. Sí, tarda;
y nosotros entre tanto,
sin acierto combatimos,
sin elementos luchamos.
(*Oyese rumor de gente que llega por la izquierda.*)
Mas qué rumor!..

TITO. (*Despues de examinar por dicho sitio.*)
Densa nube
de polvo cubriendo el campo,
á gran distancia se mira
el tropel de los caballos,
que en confuso torbellino
aquí se acercan.

VESP. Acaso
serán las tropas amigas
que comanda Domiciano.
Salgamos, pues, á su encuentro.

TITO. Padre, ya no es necesario;
esforzados en la marcha,
llegan aquí. No me engaño!
Entre el tropel aguerrido
de nuestros bravos soldados,
un anciano conducido
viene...

VESP. Quién...

DOMIC. (*dentro.*) Plaza, Romanos!
(Salen Vespasiano y Tito al encuentro de Domiciano que aparece seguido de soldados Romanos que conducen como cautivo á Josefo y á algunos hebreos.)

ESCENA II.

VESPASIANO, TITO, DOMICIANO, JOSEFO, *Soldados Romanos y Hebreos.*

VESP. Hijo!
DOMIC. Padre! Aunque colijo
que todo te causa enojo,
yo cada momento escojo
por ser de tí digno hijo.
Por eso no hay ocasion
que mi brazo, siempre fuerte,
no aproveche, para hacerte
de valor un galardon.
He aquí que mi brazo altivo
hoy te ofrece cual presea,
de la infiel familia hebrea
ese menguado cautivo.
Mi hueste, que ociosa está,
siempre aguerrida y valiente,
dió en Josafat con su gente
y le venció en Josafá.
Con él vienen de los suyos,
cautivos como él tambien,
enemigos mas de cien;
todos son esclavos tuyos.
Fama de gran capitan
diz que le dan en su tierra,
batímosle en buena guerra,
vencímosle, y te le dan
los que tú no osas querer,
porque los manda un soldado,
de quien te hallas agraviado
porque anhela tu poder.
VESP. Injusto siempre tu labio
es ya tu enojo prolijo;
puede un padre con un hijo
tener un formal agravio?
Quién eres? (*A Josefo.*)
JOSEF. (*Echándose á sus pies.*) Josefo soy!
VESP. (*Con admiracion.*)
Tú, el gran Josefo, y rendido!
JOSEF. Quien mucho venció, vencido

á tus pies se postra hoy.
Que no por ser capitan
y enemigo tuyo ser,
dejo de reconocer
el renombre que te dan.

VESP. Levanta.

JOSEF. La ciencia diz
que no me humillo al soldado;
al Emperador el hado
me hace humillar la cerviz. (*Se levanta.*)

VESP. Emperador! (*Con estrañeza.*)

JOSEF. Sí; la estrella
que tus ojos ilumina
hoy tales rayos germina,
hoy tan radiante destella,
que si la ciencia en rigor
consulto, dice que hoy mismo
Roma premia tu heroismo
nombrándote Emperador.
Ella á tus hechos es fiel,
Vitelio dicen que es muerto,
Roma, obrando con acierto
ciñe en tu frente el laurel.

VESP. Tu vana ciencia te engaña.

JOSEF. Ojala! Si engaño fuera,
ella no me predijera
que el ástro nuestro se empaña.
Que poco el sol bañará
la Jerusalem temida,
porque en la sangre teñida
de sus hijos se verá.
Y causando mil asombros
al orbe, por conclusion,
muy pronto será un monton
de cadáveres y escombros.
Por eso triste, agoviado
gimo, lágrimas vertiendo,
gran señor, porque estoy viendo
á mi pueblo aniquilado!

VESP. Grandes son sus culpas!

JOSEF. Sí.

VESP. Entre otras, cuentan que un dia
tu gente, con cobardía,
á un hombre santo...

JOSEF. Ay! de mí!
Ay! de mi pueblo cruel!
Su vago error lo ha perdido;

fanático ha sucumbido;
oyéra mis voces él!
VESP. Habla!..
JOSEF. Señor, ved que soy
hebreo...
VESP. Si eres leal,
no has de temer ningun mal
en decir la verdad hoy.
Quién fué ese hombre prodigioso
á quien tu pueblo mató,
y qué causa le impulsó
á ser con él rencoroso?
JOSEF. Un hombre santo, á mi ver.
Hijo de Dios se decia.
Milagros tantos hacia
y era tanto su valer,
que envidioso el pueblo estaba
de la conversion divina
que causaba la doctrina
que por do quier predicaba;
y pues de ese pueblo el vicio
en ella se reprendia,
con sañuda alevosía
le condenó al sacrificio.
VESP. Hombre principal?
JOSEF. Lo fué;
de David su origen era.
VESP. Haz pues una verdadera
reseña...
JOSEF. Señor, la haré.
Oye pues. Mandando en Roma
Tiberio, César Augusto,
apareció en Galilea,
para admiracion del mundo,
el gran profeta, llamado
Jesucristo por algunos.
Jesus, por el populacho,
y el hijo de Dios, por muchos.
Sus formas eran tan bellas,
que yo divinas las juzgo.
Largo el cabello y tendido
sobre los hombros, al uso
nazareno; del color
de aquel sazonado fruto,
que en túnicas de esmeralda
el avellano produjo.
La frente espaciosa y limpia,

sobre la que el cielo puso
dos perfectísimos arcos,
division de dos carbunclos,
doseles de dos deidades,
y de una Magestad triunfo.
En las mejillas luchaban
lo cándido y lo purpúreo,
como compite la rosa
con la nieve en copos puros.
Su nariz aguda y recta
dió perfecciones al uso.
De dos hojas de clavel
eran sus lábios dos surcos,
y del color del cabello,
oro fino, y no tan rubio;
la hermosa barba, partida,
tan liberal siempre anduvo,
que hasta su barba partió
por no tener nada suyo.
La túnica que vestia,
afirman grandes Tribunos,
que en su niñez fué labrada
por su Santa Madre, al justo.
Inconsutil la llamaron,
porque costura no tuvo,
creciendo al par de su cuerpo,
que este es milagro muy suyo.
Llevaba los piés descalzos,
pero tan límpios y puros,
como si pisára siempre
flores, y lirios y musgo.
A este hombre, profeta, ó Dios,
(si no lo fué todo junto)
porque predicó verdades
á los Pontífices sumos
de Jerusalem, la muerte
le decretaron injustos.
Vendido fué en bajo precio
por un discípulo suyo,
llamado Judas, el cual
entrególe á los verdugos.
Echaron sobre sus hombros
la pesada cruz, y el vulgo
rompiendo en terribles voces,
imprecándole el tumulto,
al son de roncas trompetas
lleváronle ya desnudo

al suplicio, entre ignorantes
esclavos, que, á golpes rudos,
hicieron correr la sangre
de aquel mártir sin segundo.
Su frente limpia y serena,
digna de laurel augusto,
fué coronada de espinas,
martirio torpe y sañudo
conque en la cruz le clavaron,
donde tres horas estuvo
siendo la befa del pueblo,
el escarnio del concurso.
Al fin, exhalando un ¡ay!
su alma se partió del mundo;
volando, invisible, al cielo
su espíritu fuerte y puro.
Entonces tembló la tierra,
se cubrió el cielo de luto,
el sol perdiendo sus rayos
luminosos, quedó oscuro;
las piedras unas con otras
se dieron encuentros duros;
rasgóse el velo del templo,
de lo inferior á lo sumo,
y como sombras salieron
los cuerpos de los sepulcros.
Esta es la historia, señor;
este el delito, el absurdo
de mis hermanos; por ello
hoy el cielo el golpe rudo
de su venganza lanzando,
para admiracion del mundo,
á tí encomienda esta empresa
que es de su esterminio augurio

VESP. Crímen sin igual! Por él
hoy solemnemente juro,
que han de ver Jerusalem
y los moradores suyos,
sus edificios por tierra,
por tierra tambien sus muros,
sus calles nadando en sangre,
sus chapiteles en humo.
Y tú, Josefo, perdona
si hoy en mi piedad no cupo
dárte libertad; por tí
empiece el terrible yugo
que á toda la raza hebrea

he de imponer...
JOSEF. Por ser tuyo
al castigo, me someto
con resignacion. No culpo
tu proceder, es la suerte
que ha cabido á un pueblo iluso!
VESP. Domiciano, esa es tu presa;
haz tú como quieras uso
del favor que te concedo,
aun dándote lo que es tuyo.
DOMIC. Señor, no para triunfar
ni envanecerme en el triunfo,
ni para ganar laureles
por lo que en el campo lucho;
sí por probarte, que aun siendo
el mas jóven de los tuyos,
sé pelear y vencer,
sé tu nombre guardar puro.
Triunfaré para mi hermano
en la campaña que auguro,
que, por no apetecer nada
de él, ni apetezco mis triunfos.
VESP. Hijo! (*con reconvencion y sentimiento.*)
DOMIC. Padre! (*con altivez.*)
VESP. Tus agravios
no son justos!
DOMIC. Si son justos;
que si por ser el menor
nada me toca en el mundo,
nacer me hicieras primero,
no me dejáras el último.
Josefo á mi tienda vaya,
mas no por mí; yo lo ajusto
al mandato de mi padre,
de mi hermano; soy su súbdito.
Conducidle. (*á varios soldados Romanos.*)
JOSEF. Deja al menos
bese tus plantas, augusto
señor: (*se arrodilla.*) ni rencores llevo,
ni temo rigores tuyos.
Tu causa es santa, lo sé;
y si á tu causa no me uno,
es porque nací en Judea
y antes que traidor, sucumbo.
(*vanse Josefo y Hebreos, seguidos de soldados Romanos.*)

ESCENA III.

Dichos, menos Josefo *y* Hebreos.

Vesp. Hijos, me dá en qué pensar
de ese hombre la prediccion!
Tito. La ciencia de Salomon
es forzoso respetar.
Vesp. Oh! dudo...
Tito. Dudar! De qué?
Vesp. Que el triunfo seguro sea.
Es mucha la gente hebrea!
Domic. Aun es mayor nuestra fé.
Vesp. Tu temeraria osadía
no vé el peligro.
Domic. Es así;
el peligro para mí,
es mi bandera, mi guia.
Vesp. Si Roma tarda en mandar
el refuerzo que he pedido,
todo lo miro perdido,
es escusado luchar.
Domic. Pues la suerte nos ayuda,
yo me prometo vencer,
que nos dá mucho poder
la razon que nos escuda.
El campo plagado se halla
de infieles, poco me importa,
yo con una legion corta
empeñaré la batalla.
Y si es fuerza sucumbir,
la muerte poco me asusta.
pues morir por causa justa
es muy hermoso morir.
(*óyese por la izquierda gran rumor. Muchos soldados Romanos llegan despavoridos, entre ellos Fabio.*)

ESCENA IV.

Los mismos y Fabio.

Vesp. Ese rumor!... Qué es?
Fabio. Señor,
el campamento enemigo
se levanta vigoroso
y amenaza combatirnos.
Llegan numerosas huestes,

Jerusalem les dá auxilio.
Segun noticias certeras,
que espías nos han traido,
la prision de ese Josefo
con tanto coraje han visto,
que sobre nosotros caen,
cual fieras, despavoridos.
Nuestras fuerzas se repliegan,
y corriendo hácia este sitio,
intentan la retirada.
Acude, señor, solícito,
porque si no acudes pronto,
Roma sucumbe cautivo.
VESP. No eran vanos mis temores!
Veis lo que os decia, hijos?
Era lucha temeraria!
DOMIC. Padre, no, que aliento y vivo!
(vase precipitadamente.)

ESCENA V.

Los mismos, escepto DOMICIANO.

VESP. Tito, á las armas! Llegó
el momento decisivo!
La gloria de esta campaña
tuya será, que en tí abdico
no tan solo mi poder,
que debilitado miro
por los años, sino el mando
de las huestes que acaudillo.
TITO. No temas, padre; confía
que no me arredra el peligro;
que yo como tú en ese hombre
llamado Jesus, confio,
que fué sin duda enviado
de los Dioses, por ludibrio
de los que en Jerusalem
ejercen hoy su dominio.
Ya se acerca Domiciano.
(viéndole llegar.)
VESP. Su rostro apenado miro.

ESCENA VI.

Los mismos, DOMICIANO.

VESP. Oh! qué me dice ese ceño
que siempre se miró altivo

y ora la vista inclinando
se manifiesta intranquilo?

DOMIC. Padre!... (*con indecision.*)

VESP. Dí; temor no tengas;
mil males espero; dílos.

DOMIC. Pues bien padre; desde el monte
confuso tropel distingo;
muchos son, tantos, que solo
de los Dioses el auxilio
puede salvarnos. Luchar
contra tantos es muy digno,
pero es segura la muerte,
seguro nuestro esterminio.

VESP. Justos Dioses, acorrednos!
Si vuestro poder altísimo
me prestais, al campo parto
con mis huestes, no á rendirnos,
sino á sucumbir primero
como ofrenda y sacrificio
á vuestro sacro poder.
Y vosotros, fieles hijos (*á todos.*)
del noble pueblo Romano,
dejareis que esos judíos
así venzan el poder
de nuestro imperio fuertísimo?

TODOS. No! no! (*con entusiasmo.*)

VESP. Morireis primero?

TODOS. Sí!

VESP. Pues este anciano, el mismo
que venció en muchas batallas,
el que fué vuestro caudillo
para daros en victorias
tantas cuantas pretendimos,
hoy á vuestro honor acude,
á vuestro noble heroismo.
Estais dispuestos primero
á morir, que á ser vencidos?
Decidlo otra vez.

TODOS. Sí! sí!

VESP. Pues delante, con mis hijos,
con las prendas de mi alma
yo os iré abriendo camino,
Si la muerte nos aguarda
los primeros sucumbimos.
Sacros Dioses, protejed
á vuestros valientes hijos!

TITO. Protejed pues, nuestra empresa!

Domic. Soldados, llegó el peligro!
Abajo Jerusalem:
á vengar á Jesucristo!

(Todos se ponen en actitud de emprender la marcha. Suena por la derecha un clarin y se detienen.)

Vesp. Qué?

(Por lo mas alto del monte á la derecha, aparece un Centurion Romano que empieza á hablar desde su presentacion, pero bajando al proscenio.)

ESCENA VII.

Los mismos, Un Centurion.

Cent. Vespasiano, escucha.
Soy mensajero. Alto!
No marches á la guerra;
deten, deten tus pasos.
Cercanas vienen tropas
en número tan largo,
que á la falanje hebrea
habrán de ser espanto.
Hombres, mujeres, niños
corren aquí ordenados,
á disputar contigo
de Cristo el desagravio.
Vitelio en Roma es muerto,
su Imperio vá á tus manos,
que el pueblo te proclama
henchido de entusiasmo.
Orle tu frente pura,
tu genio sacrosanto,
de César la corona
de Emperador Romano.
Parte á Salem, y triunfa,
que el cielo ha destinado
para tan grande Empresa
tu prepotente mano.
Los siglos venideros
miren en tí, asombrados,
del pueblo de judea
el escarmiento bárbaro.

Vesp. Prodigio grande! (*á sus hijos.*)

Tito. Sí, sí;
tus lamentos escuchando,
Roma te entrega su mando.

Vesp. Ese mando es para tí.
Mi brazo desfallecido

en la lucha nada haría,
viejo ya, solo podria
ser destrozado y vencido.

TITO. Mientra un soplo de valor
pueda, padre, sostenerte,
de esa Roma altiva y fuerte
serás tú el Emperador.

DOMIC. Todo, todo para él! (*con despecho.*)

VESP. A él toca heredarme...

DOMIC. Sí!
No por eso, hermano, en mí,
hay un átomo de hiel;
tú lucharás por un nombre
desde la altura elevado,
yo, siendo solo un soldado,
para darte ese renombre.

VESP. Hijo! Es tu hermano!

DOMIC. Aunque no
como á él tu herencia me dás,
veremos quién hace mas,
si el Emperador, ó yo.
Pues peleando tambien,
porque asombre al mundo entero,
seré en asaltar primero
las murallas de Salem.
(*suenan por la derecha instrumentos bélicos.*)

TITO. Ya el belicoso rumor
se oye de nuestros hermanos.

VESP. Esos son nuestros Romanos
que nos prestan su favor.

(Tito ha subido al monte y despues de observar por la derecha, dice:)

TITO. Sí, soldados, caballeros,
lanzas miles, amazonas,
ancianos, niños, matronas...

VESP. Gracias, Dioses justicieros!

(Tito baja. Los soldados Romanos que están en escena, cubren con buen órden el primer término. Van llegando por la altura derecha del monte tropas Romanas, Centuriones, Aquilíferos con estandartes, Amazonas, Caballeros y pueblo de dos sexos y edades. Cubren toda la montaña quedando las Amazonas con Cleopatra que las manda, al centro, en la altura; Cleopatra trae en las manos un estandarte en el que se ven dibujadas las águilas del Imperio; en la lanza del estandarte colocada una corona de laurel, confeccionada de modo que pueda dividirse en dos. Otros traen estandartes, clarines y atabales. Otra Amazona, en una gran bandeja de oro, trae colocado el manto de púrpura. El órden de este cuadro se recomienda al director de es-

cena.) Hasta que el cuadro no esté perfectamente formado, no hablará Cleopatra, que lo hará con la mayor solemnidad, y en medio del mas profundo silencio.)

ESCENA VIII.

VESPASIANO, TITO, DOMICIANO, FABIO, CLEOPATRA, CENTURIONES, AQUILÍFEROS, *Soldados Romanos, Amazonas, Romanos, etc.*

CLEOP. César augusto! Ilustre Vespasiano!
Llegó de tu poder el fausto dia.
La cívica corona, por mi mano,
el pueblo de los Césares te envia.
Por muerte de Vitelio, soberano
Roma te aclama; á tu valor se alia
este ejército fiel. Su mando toma.
Viva el Emperador! Que viva Roma!
(Los Aquilíferos despliegan las banderas. Cleopatra desprende de la lanza del estandarte la corona cívica, que coloca en la bandeja; la Amazona que conduce esta, se abre paso, baja y la presenta á Vespasiano.)
Orla tus sienes del laurel hermoso;
ciña tu frente la diadema pura;
y al frente de este pueblo numeroso,
de la ansiada Salem, corre á la altura!
Roma te manda combatir; reposo
no busques en la paz; que en lucha dura,
ó no quede en Salem uno que aliente,
ó no quede un Romano que lo cuente.
Esto mi voz, que de tu pueblo emana,
hoy te viene á decir. Parte ya al muro
de la Santa Ciudad, donde inhumana
muerte á Jesus se dió. Del pueblo impuro
corra la sangre. La mujer Romana
tambien se lanza al triunfo que te auguro;
si ella fuerte se apresta á la victoria,
tú, como Emperador, corre á la gloria.
De rodillas, los bravos escuadrones!
(*Todos se arrodillan escepto Vespasiano.*)
Viva el Emperador! A la pelea!
Para asombro de todas las naciones,
un Imperio te dán como presea.
Vespasiano! Valientes Centuriones!
Sucumba de una vez la raza hebrea;
y, pues Jesus, su ingratitud ha visto,
á luchar y á vencer por Jesucristo!
(*Se levantan.*)

VESP. Aunque agobiado este dia,
aunque débil ya mi mano,

seré digno soberano
de esa Roma que te envia.
Hijo, (*A Tito.*) el momento ha llegado;
y aunque debo ir en persona
á agradecer la corona
al pueblo que me la ha dado,
primero quiero contigo
poner cerco á la ciudad,
por ser de su crueldad
ministro, azote y castigo.
Contra el hebreo inhumano
destructor rayo he de ser,
y lo que no pudo hacer
Vitelio, hará Vespasiano.
Partiremos á vengar
el delito cometido
contra un Dios desconocido
que hicieron crucificar.
Sucumba esa chusma hebrea!
Tito, por padre y amigo
hoy parto el laurel contigo
y el Imperio. (*Toma la corona; la divide en dos, y dá una á Tito; ambos se la colocan.*)
Y porque sea
mayor asombro y cuidado
el que cause á esos sayones,
llevar quiero en mis pendones
un Cristo crucificado;
para que el mundo despues
vea, que no sin misterio,
las águilas del Imperio
ha puesto Roma á sus piés.

DOMIC. Y añade, ya que á mi hermano
le haces mercedes de amigo,
que yo sólo voy conmigo,
no con Tito y Vespasiano;
porque para destruir
esa ciudad y esa gente,
Domiciano solamente
basta para combatir.
No atiendas que soy tu hijo,
porque en el sangriento estrago
yo me sirvo, y yo me pago,
yo me gobierno y me rijo.
Y pues que por lo arrojado
furia he de ser del abismo,
soldado soy de mí mismo,

general soy de un soldado.
Y he de adquirir tanta gloria,
y en ella tan singular,
que yo mismo me he de dar
el laurel de la victoria;
pues contra el género humano
parca he nacido feroz,
ó porque es trueno mi voz
ó porque es rayo mi mano!

TITO. De un capitan sin segundo
es tu proceder.

DOMIC. Si hoy
de Roma César no soy,
seré Emperador del mundo!

VESP. Al empezar mi reinado
me es forzoso ser clemente.
Vengan Josefo y su gente.

(Fabio sale y vuelve al instante con Josefo y hebreos.)

ESCENA IX.

Los mismos, JOSEFO *y* HEBREOS.

JOSEF. Me llamas, señor?

VESP. Nombrado,
cual me anunció tu saber,
Emperador hoy he sido.
Pide pues.

JOSEF. Señor, te pido...

VESP. Cuanto quieras he de hacer.

JOSEF. Si alguna merced, señor,
espero de tu piedad,
ya que miro la ciudad
condenada á tu rigor,
la libertad anhelaba
para dar cuenta de mí,
ya que tan mala la dí
de la gente que mandaba.
Mas no para combatir
quiero libertad, que en suma,
de hoy mas, solo con la pluma
á mi pátria he de servir.
De mi pueblo el trance amargo
voy á escribir, por si un dia
puede la palabra mia
sacarlo de su letargo.

VESP. Josefo, tan libre estás

como yo, que soy tu amigo;
lleva tu gente contigo;
solo siento que te vas.
JOSEF. Señor, tan agradecido
como mi gente de tí...
(*Josefo se arrodilla é igualmente los Hebreos.*)
VESP. Muy poco, Josef, te dí
si con mi poder lo mido;
que aunque juzgues esta obra
en mí generosa y alta,
tú pides lo que te falta,
y yo doy lo que me sobra.
Véte en paz.
JOSEF. El mundo sea
de tus grandezas testigo!
VESP. Por tí me pesa el castigo
de la obstinacion hebrea!
(*Saluda Josefo y vase con los Hebreos.*)

ESCENA X.

Los mismos, escepto JOSEFO *y* HEBREOS.

VESP. (*Dirigiéndose á todos.*)
Roma, á tu mandato fiel
y á la empresa dando cima,
partiremos cuando alumbre
el sol el cercano dia.
En desagrabio del hombre
á quien bárbaro asesina
esa canalla grosera,
desobediente é impia,
á combatir vamos todos;
no os arredren las fatigas;
si morir nos cumple hoy
por tal causa, muerte es digna!
CLEOP. Qué viva el Emperador!
TODOS. Viva!
VESP. Viva Roma!
TODOS. Viva!
(*Se ponen en movimiento como para desfilar y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Interior de una fortaleza de Jerusalem. Muralla alta y practicable cierra el fondo; dos escaleras á derecha é izquierda le dan subida. Una puerta en el primer término de la derecha conduce á las habitaciones de Verenice; está adornada interiormente por cortinaje color grana; otra puerta á la izquierda dá entrada á la fortaleza. Aparecen David y algunos soldados hebreos; el primero recostado en un escaño de piedra; los demás en el pavimento; en la muralla un centinela. Es de noche. Entran en la escena por la izquierda, despues de un momento de silencio, Verenice y Raquel: esta con una antorcha encendida.

ESCENA PRIMERA.

David, Verenice, Raquel, *Hebreos*.

Veren. Cobardes hijos de Amon!
Viles ramas de Amalet!
Los que ceñís las espadas
solo por bien parecer!
Pálidas cenizas frias
del pueblo de Dios, en quien
tantos divinos favores
vertió, que no conoceis.
Vosotros que en el desierto
columna visteis arder
de fuego, y para alumbraros
antorcha luciente fué.
Los que huyendo del egipcio
el mar os fué tan cortés,
que abriendo sus blondas aguas
pudísteis pasar por él.
Asi dormís sosegados?
Despertad; pronto volved
de ese letargo que os ciega,
que os amenaza. No veis
que Jerusalem sucumbe

víctima de su mudez?
No la veis triste, oprimida,
ella, que otro tiempo fué
señora del mundo? A Roma
quereis sujetarla? Bien!
Y lo sufrireis, hebreos?
Zelotas! permitireis
que del altivo Romano
bese el sacrílego pié,
la eminencia de Sion,
la sucesion de Israel?

DAV. (*Que como los demás hebreos se ha levantado á los primeros versos de Verenice.*)
Oh! nunca, nunca!

VEREN. Y así
tranquilos permaneceis?

DAV. Manda pues; obedecerte
siempre nuestro anhelo fué.

VEREN. Escuchad. Josefo.— infame!
—salió á combatir, é infiel
rindióse, haciendo traicion
á su patria y á su rey.
Espías me lo han contado,
y por ellos mismos sé
que los Romanos se acercan,
y que han jurado poner
por tierra los altos muros
de la sagrada Salem;
y sé que en sus estandartes
al crucificado Rey
tremolan, cuya venganza
es su mayor intéres.

DAV. Pretesto al fin de gentiles!
Quién, sino idolatras, vé
en un hombre, lo que ellos,
menguados, dicen que ven?

VEREN. Por eso, hebreos, me admira
que en tanta luz no atineis
á salir de entre las sombras!
Habeis osado creer
que á vuestro pueblo hoy le falta
un valeroso Josué?
El mismo Dios que envió
contra el gitano á Moisés,
os gobierna y favorece;
vosotros faltais, no él.
Poned vuestras yertas manos,

vuestra voluntad poned
en su voluntad, que entonces
obligareis su poder
á que desnude la espada
contra el soberbio Coré;
y cuando al miedo rendidos
como cobardes falteis,
yo moriré por la patria;
que en su defensa seré
segunda Judit, valiente
nueva invencible Jael!

RAQ. Y yo, y todas las mujeres
de Judea, antes perder
toda su sangre prefieren,
que á este pueblo de Israel
ver sometido al capricho
de esos Romanos sin ley!

DAV. Verenice; todos prontos
á tu voz, corramos pues,
á defender la Ciudad;
y, ay del Romano! si vé
el filo de nuestra espada
hecha á matar y á vencer!
(se oye murmullo por la izquierda.)

VEREN. Ese murmullo! A ese sitio
acude al punto, Raquel.
Vé quien llega.

RAQ. *(Llegando á la puerta izquierda)*
Estoy absorta!
Señora, llega Josef
con alguno de los suyos.

VEREN. Josefo! Cómo? Pues qué,
era falsa su prision?
Que llegue, que llegue pues.
Que de su torpe traicion
estrecha cuenta nos dé.

(Entran por la izquierda Josefo y algunos hebreos, sin armas. Verenice los recibe vuelta la espalda.)

ESCENA II.

Los mismos, JOSEFO *y Hebreos.*

JOSEF. Porque fuí vencido, así
me recibes? Vé que llego
no cual cobarde ó traidor,
por mas qué fuera deshecho
por la fortuna de un César,

no por el villano miedo!
Oye la desdicha mia,
si es que tu atencion merezco,
y no estrañes ver mi rostro
mústio, triste y descompuesto;
que hallan las penas del alma
alivio en el sentimiento,
en la compasion descanso,
y en la lástima consuelo.

VEREN. Porque ese alivio no tengas,
no hables, que no te oiremos;
ya que á la lealtad faltaste,
sufrirás nuestro desprecio.

JOSEF. Triste es mi sino.

VEREN. (*con ironia.*) Muy triste!

JOSEF. Y triste es tambien el vuestro!
Pero debo darte cuenta
y has de oirme!

VEREN. Ya sabemos
cómo á Josafat perdiste,
y que, traidor á tu pueblo,
y amigo de Vespasiano,
tienes parte en el pretesto
de los Romanos, que alegan
en pró de esta guerra, el celo
que toman por la venganza
de Cristo, á quien nunca vieron,
á quien dicen reverencian,
y de quien solo los hechos
de tus labios escucharon,
por tí contados supieron.

JOSEF. Cómo, si sabes quien soy
me tratas así?

VEREN. Asi debo
tratarte, que el que es traidor
á la religion y al pueblo
que le vió nacer, merece
los rigores que te ofrezco.
Y puedes agradecerme
que te escucho, y te tolero,
y que, siendo tal tu culpa
no te castigo y te prendo.

JOSEF. Tú castigarme! Y tú eres
cabeza del pueblo hebreo?

VEREN. Yo soy cabeza y castigo...

JOSEF. Bien lo dicen los efectos!

VEREN. Ya lo dirán cuando veas

que esos gentiles soberbios
vuelven á Roma vencidos,
si es que no los lloras muertos.
JOSEF. Ay, triste Jerusalem!
Ay, mi pueblo! Pobre pueblo!
No está como imaginais,
tan de vuestra parte el cielo.
Por eso vuestras desdichas
hoy penetrando en mi pecho,
me hacen sufrir, como sufro,
me hacen pensar como pienso.
No estoy vendido al Romano,
es que en la conciencia leo;
veo en vosotros la malicia,
miro la justicia en ellos;
la impiedad hallo en vosotros,
y allí la piedad contemplo.
Allí contrarios me amparan,
aquí me desprecian deudos,
enemigos me lloraron
y amigos no lo habeis hecho.
Y pretendeis aun, ilusos!
el amparo de los cielos,
si faltando á la piedad
faltais á vosotros mesmos!
No, con vosotros es justo!
Retroceded á otros tiempos.
Paróse el sol, para dar
victorias á nuestro pueblo
contra el gentil; pero entonces
le gobernaba otro dueño;
peleaba la oracion
á la par con los aceros.
Las victorias que Moisés
alcanzára en el desierto,
duraban, en tanto que él
los brazos alzando al cielo,
era sacerdote orando
como caudillo venciendo.
Mas vosotros, que olvidados
de Dios, le agrabiais sin freno,
sereis al cabo rendidos
por los idólatras ciegos,
porque os vencen en costumbres,
y como el Dios justiciero
hará que la luz derrame
sus claros rayos en ellos,

viendo clara su verdad
á través de sus misterios,
como yo, por su infinita
bondad, sus misterios creo.

Veren. Si supieras pelear
como predicar, primero
que aquí volvieras vencido
supieras allá ser muerto.
Mucho tienes de gentil
ó de cristiano secreto,
que entre gentil y cristiano
poca diferencia veo.
Sal y á Vespasiano dile
lo que contigo hemos hecho;
que por cristiano te ampare
ó por gentil te dé un premio,
que yo, con tus predicciones
y doctrinas, te desprecio!

Josef. No me despreciáras, no,
si estudiáras los secretos
que como designios grandes
me pronostican los cielos.
Por eso sufro callando,
por eso el mañana pienso,
por eso rechazo ardiente
vuestros absurdos proyectos,
porque el corazon me dice
que quizás solo por ellos
permite Dios que veamos
el desastroso y postrero
fin de nuestra monarquía,
sometida á un vasto Imperio.

Veren. Pues que piensas de ese modo,
cállate ya, y vete luego,
si no quieres que tu engaño
con menos piedad tratemos.

Josef. Si, me iré á llorar desdichas
de mi patria; y pues no puedo
con la espada, sea la pluma
en mí, el servicio postrero.

Veren. Escribe nuestra venganza
en hojas de bronce eterno,
porque ni Roma las borre,
ni las oscuresca el tiempo.

(á una señal de Verenice vanse Josefo y Hebreos.)

ESCENA III.

Los mismos, menos Josefo.

Veren. David, rápido se acerca
el matutino lucero;
marcha, dispon nuestras huestes,
circula por todo el pueblo,
que mañana del Romano
las falanges miraremos
al pié del muro quizá.
Difunde el valor guerrero
que me anima, y que mañana
todo se encuentre dispuesto
para luchar. Anda pues,
y vosotros; yo os lo ordeno.
Dav. Te quedas sola?
Veren. Sí, sí;
sola con mis pensamientos.
Dav. Si alguna traicion...
Veren. No temas.
Dav. Todo de Josef lo temo.
Veren. De Josef?
Dav. Lo has perdonado...
Veren. Cuando en libertad lo dejo,
es porque nueva traicion,
David, de Josef no espero.
Dav. Sin embargo...
Veren. Yo lo mando!
Dejadme sola.
Dav. Te dejo. (*váse con los hebreos.*)
Veren. Raquel, tú conmigo.
Raq. Sí;
no me aparto ni un momento.
Tu suerte ha de ser la mia,
si quieres...
Veren. Si que lo quiero.

ESCENA IV.

Verenice *y* Raquel.

Veren. Ya estamos solas; deja, hermana mia,
deja que dé espansion al triste pecho;
deja que helado el corazon, sus penas
sienta correr por el espacio aéreo.
Raq. Qué temes?
Veren. No es temor!

RAQ. Penas has dicho?
VEREN. Penas, Raquel! Si miras mi ardimiento,
si en belicoso ardor me ves henchida
ante ese triste y miserable pueblo,
no es que siento latir un pecho fuerte:
cobarde está, cobarde, tengo miedo!
RAQ. Habla; deja correr de tus pesares,
Verenice esforzada, tu secreto.
VEREN. Escucha y lo sabrás. Cuanto has oido,
la triste prediccion de ese Josefo
de tal manera fascinó mi mente,
de tal manera se internó aquí dentro,
que des que le escuché, muerte y espanto
por do quiera que miro solo veo.
De mi raza llegó la hora postrera,
ni un átomo de vida queda al pueblo;
si me apresto á luchar, no es por el triunfo,
es que mi honor lo manda, y obedezco.
RAQ. Temores vanos son, supersticiones;
en tí siempre influyó de ese Josefo
la fatídica voz. No le dejáras
con libertad salir, le hubieras muerto,
que, vendido al cristiano, mal profeta!
te augura un porvenir que no es el nuestro.
Qué pretende el Romano?
VEREN. Qué pretende!
RAQ. Que la Santa Ciudad hoy le entreguemos
sin mas razon que porque dijo; mando!—
Pues contéstale tú; no te obedezco!—
Qué bandera es la suya? Cuál la causa;
cuál de esta guerra el fútil pensamiento?
Que Roma quiere que Salem se incline
á sus torpes y bárbaros decretos;
que sierva suya sea; que sucumba
bajo de su dominio, por el necio
orgullo que le ciega...
VEREN. Tú no sabes!...
RAQ. Te impresiona tal vez, que por pretesto
tomen del falso Dios el nombre impuro?
Risa debe causarte y menosprecio!
Jerusalem és fuerte; luchar sabe,
se sabrá defender, te lo prometo,
y antes que penetrar por esos muros,
sucumbirá el Romano altivo y necio.
Tú eres la soberana! Siempre al frente
luchastes con fervor de nuestro pueblo;
hoy que llegó el momento decisivo,

ni has de tener temor, ni yo lo creo!
VEREN. Oye, Raquel; anoche aletargada,
rendida del cansancio y sufrimiento
que la aridez del mando proporciona,
la cabeza incliné sobre mi lecho.
Si supieras, Raquel, lo que á mi vista
se apareció! Temblando el pavimento,
roto el muro, y el cielo en cataratas
abierto veces mil, brotando fuego,
un arco describió de caractéres
rojos, azules, amarillos, negros.
—Ay, de Jerusalem;—Así decia;
—Ay, de Jerusalem! Un ronco acento
que llegaba hasta mí, lúgubre, horrible,
penetraba en mi oido. Altivo el pecho,
quise contrarestar el fuerte influjo
de aquella aparicion; pero mi aliento
mísero me faltó; la vista incierta
quise apartar tambien; menguado empeño!
—Ay, de Jerusalem!—do quier sonaba;
—ay, de Jerusalem—miraba impreso.
De repente cesó el letargo horrible;
aquella aparicion huyó: en el cielo
el vívido fulgor de las estrellas
volvióse á retratar; clarin guerrero
en los aires sonó; se abrió el espacio,
y entre flores un ángel descendiendo,
con voz sonora, y cual la aurora dulce,
estas palabras pronunció su acento;
No hay mas que un Dios! que de la inmensa altura
bajó para hacer bien; no le creyeron;
su castigo caerá sobre el culpable;
ay, de Jerusalem! Ay, de tu pueblo!
Aun te puedes salvar, amarle puedes,
él te hablará por boca de Josefo,
que la doctrina suya es la doctrina
que emana del Pontífice Supremo!
—Y desapareció; de mi letargo
rápida desperté; mi pensamiento
embargado quedó de tal manera,
que desde entonces por do quier no veo
mas que los caractéres que me dicen:
—Ay, de Jerusalem!—No oigo mas eco
que el del ángel aquel que me repite:
—Escucha las doctrinas de Josefo,
porque esa es la verdad.-Y aunque á la lucha
hoy me lanzo feroz, y lanzo al pueblo,

es que el honor me fuerza á que lo haga,
pero dudo, vacilo, tengo miedo!

Raq. Sueño fué nada mas! Quién pone oidos
á las fases fatídicas del sueño?
Vaga vision, que el pensamiento mismo
en quimeras trocó para tormento
de tu imaginacion! Cómo es posible
cambiar en realidad lo que no es cierto?
Descansa pues, y tu oracion dirije
como todas las noches á ese cielo,
y él te dará valor para la lucha,
y teniendo valor, el triunfo es nuestro.
Puede el vago soñar hoy convertirte
en gentil ó cristiana, que es lo mesmo,
y á que abandones á tu pueblo el dia
que mas de tí necesitó tu pueblo?
Ni lo quiero pensar! Duerme tranquila,
que ya te espera el reposado lecho,
y cuando raye la primera aurora
haz de la lucha fiera los aprestos.

Veren. Tienes razon; quimera todo ha sido;
no pienso en ello mas, no pienso en ello.
El honor de mi patria me reclama
un poderoso y estremado esfuerzo.
Como siempre seré fuerte, invencible,
como siempre feroz hoy sabré serlo.
No te apartes de mí.

Raq. Duerme tranquila
que yo velando guardaré tu sueño.

(Entran por la derecha. Un momento de silencio. Por la parte superior de la muralla se vé llegar una saeta que atraviesa el pecho del centinela, el cual vacila y al fin cae. Despues de otra pausa, se vé arrojar una escala, á merced de la cual saltan Domiciano y tras él Fabio. El primero con la mayor precaucion, y despues de examinarlo todo, busca el sitio donde cayó el centinela y lo reconoce.)

ESCENA V.

Domiciano *y* Fabio.

Domic. Heríle bien!

Fabio. Está muerto!

Domic. Nadie! (*despues de reconocerlo todo.*)

Fabio. Temerario arrojo
es el tuyo!

Domic. Fabio, no;
en mi fraternal encono
una ambicion sola tengo,

hacer tanto y tan notorio,
que el nombre de Domiciano
sea en los siglos asombro.

FABIO. Mas, qué te propones, dí,
de esta accion?

DOMIC. Cuando los otros
lleguen al campo, al sonar
de asalto el clarin sonoro,
ser el primero que escale
la ciudad; por eso corro
á reconocer el sitio
que juzgue mas á propósito
para asaltar la muralla.
Veamos por aquí.

FABIO. Es notorio
tu valor y aun proverbial!

DOMIC. Fabio, ni agradezco elogios,
ni temo rencores; soy
esforzado como todos
los Romanos; pero quiero
en esta lid ser cual otro
Vespasiano; cual mi padre
en su juventud, y pongo
cuanto puedo de mi parte
para hacer mas, si es mas obvio.

FABIO. Pero si nos sorprendieran!...

DOMIC. Abajo los nuestros, prontos
estarán para vengarnos.
Mientras esto reconozco,
tú á la muralla; si ves
que cualquier peligro corro,
haz la señal...

FABIO. Por el traje
pueden descubrirte...

DOMIC. Ni oigo
consejos, ni reflexiones
son ya posibles. Vé pronto.
(Váse Fabio á lo alto de la muralla.)
Yo por aquí...
(Reconoce por todos lados: al llegar á la puerta de la derecha se detiene y observa.)
Mas, qué es esto!
Una lámpara de oro,
con vaga luz, se descubre
á través del tapiz rojo
de esa habitacion! Un lecho
se deja ver... Junto á él otro...

Es de mujer la figura
que aquí se encamina... Solo
me encuentro y entre enemigos!..
Oh! miedo yo! Me sonrojo
de pensarlo solamente!
Vengo armado... Aquí me escondo.
(Se oculta tras de la puerta. Raquel llega con una antorcha.)

ESCENA VI.

DOMICIANO, RAQUEL, FABIO *en la muralla.*

RAQ. A través de esta cortina
creí sentir...
(Reconoce la escena y ve á Domiciano.)
Dios! Socorro!
(Domiciano la coje de una mano y la intimida.)
DOMIC. Silencio!
RAQ. Traicion!
DOMIC. Silencio!
RAQ. Valedme, cielos piadosos!
Nos han vendido! Tu traje
es Romano; lo conozco...
Y en este sitio...
DOMIC. No temas;
ya lo ves, estamos solos.
RAQ. Daré voces!
DOMIC. Si las dieres,
ay de tí!
VEREN. *(dentro.)* Raquel!
DOMIC. Qué oigo!

ESCENA VII.

Los mismos, VERENICE.

VEREN. *(saliendo.)* Raquel!
(reparando en Domiciano.)
Oh! Cielo divino!
Un hombre aquí!
DOMIC. No te alteres;
partiré.
VEREN. Ay! si salieres,
de tí!
DOMIC. (Rostro peregrino!)
VEREN. Tu traje...
DOMIC. No es un arcano.
Este traje, ya lo ves,

bien claro te dice que es
el que lo viste Romano.

VEREN. (Oh! Romano! Y su arrogancia
mis sentidos trastornó!)
Y aquí en este sitio...

DOMIC. No
vine por necia jactancia.

VEREN. Habla!

DOMIC. Saber necesito
quién eres.

VEREN. Valor te sobra!
(Calla corazon; recobra
tu calma!) Que es un delito,
sabes, aquí el penetrar?
Que en guerra estoy con tu grey,
y que aquí no hay otro rey
mas que yo, sabes?

DOMIC. (Que azar!)
Luego eres?..

VEREN. Quien un revés
no ha dado á tu arrojo necio,
porque tu valor aprecio
cuanto vale. Ya lo ves;
solo con llamar....

DOMIC. Lo espero;
llama pues, que ya no vivo
hasta no verme cautivo
de un rostro tan hechicero.

VEREN. Galante, cuando á traicion
vienes quizá á sorprender
á una indefensa mujer,
estás en esta ocasion!
Por dónde entraste?

DOMIC. Judía,
no me interrogues en vano;
ya sabes que soy Romano...

VEREN. Me contiene tu osadía!
Habla de una vez, que á ser
poderoso, como osado,
debes, galante soldado,
responder á una mujer,

DOMIC. Dices bien, que hay en tu acento
de imperio sobre mí tanto,
y en tu rostro tanto encanto,
y en tu voz tal sentimiento,
que, reina, diosa, ó mujer,
gentil, cristiana, ó hebrea,

respondere, porque sea
tu voluntad mi deber.
Ya ni sé á qué vine aquí,
aunque ahora se me figura,
que vine por tu hermosura
que me arrastraba hácia tí!
Y si no estuviera en guerra
con Salem, ni tú, judía,
prendiérasme tú, y seria
el mas feliz de la tierra!

VEREN. Tu vida se halla en mi mano!
RAQ. (Llamo?)
VEREN. (No, Raquel, espera.)
DOMIC. (La judía es hechicera!)
VEREN. (Arrogante es el Romano!)
Yo cuenta debo pedirte
de tu presencia en Salem.
DOMIC. Debo dártela tambien;
pero antes quiero advertirte,
que no tan fácil hacer
pudieras víctima en mí,
que no vine solo aquí.
VEREN. No solo?
DOMIC. Lo puedes ver.
De esa muralla á la altura
sube, y verás apostada...
Por ella ha sido mi entrada,
y la salida es segura.
VEREN. Hora acudirán los mios,
te prenderán!
DOMIC. Fuera dolo,
pues prender á un hombre solo,
es digna accion de judíos!
VEREN. Me insultas!
DOMIC. Dices verdad;
me irrité, y mucho me pesa!
RAQ. (Qué haces?)
VEREN. (Que yo soy la presa!)
DOMIC. (Preso me hace su beldad!)
VEREN. Acabemos. Tu venida
dime sin temor.
DOMIC. Temerte!
Si no le temo á la muerte,
como temerle á la vida!
Escucha.
VEREN. (El alma me parte!)
DOMIC. Escucha, y no te impresiones,

que ni sé forjar traiciones,
ni vine para matarte.
Y ya lo vés; solos los dos,
harto fácil me seria...
pero eres bella, judía,
marchas de tu pátria en pos,
y quien lidia por librar
de una opresion á su tierra,
frente á frente, en buena guerra,
se debe herir y matar.
Romano soy, de una grey
como la tuya elevada;
no la hay mas alta y honrada
desde el humilde hasta el rey!
Ansioso de lauros vivo,
y al declarar combatiente
á Roma contra tu gente,
ardió en mí tal incentivo,
que para renombre haber
del mas fuerte y poderoso,
no hubo á mi pecho reposo;
quise mas que todos ser.
Y jurando que el primero
tu muralla he de asaltar,
he venido á averiguar,
por conseguirlo, el sendero.
A eso vine, y si á tu airada
mano escapar puedo hoy,
verás que el primero soy
mañana en nuestra jornada.
Y no he sido sorprendido,
es, que al mirar hácia allí,
tus ojos radientes ví
y en ellos quedé prendido.
Qué, quién la fuga prepara,
sin realizar sus antojos,
si se mira en esos ojos,
si se mira en esa cara?
Ahora, pues mandas aquí,
puede tu rara beldad,
ó darme la libertad
ó hacer su presa de mí.

RAQ. (Verenice!) (*ap. á Verenice.*)
VEREN. (El corazon
lucha en vano...)
RAQ. (Está en tu mano...)
VEREN. (Ay, Raquel, que este Romano

viene á ser mi perdicion!)
RAQ. (Primero es tu pueblo!)
VEREN. (Sí.)
RAQ. (Por él todo.)
VEREN. (No hallo modo...)
RAQ. (Teme...)
VEREN. (No sea para él todo:
algo ha de ser para mí!)
RAQ. (Qué intentas?)
VEREN. (*á Domiciano.*) Pues bien, saldrás:
pero júrame primero
que contra Salem, tu acero
mañana no esgrimirás.
DOMIC. Traidor yo! Combatiré
contra tí mañana!
VEREN. Impío!
DOMIC. Lo manda así el honor mio.
VEREN. Y ese amor?..
DOMIC. Lo inmolaré!
VEREN. Y mi sangre verterás
si es posible?..
DOMIC. Y tanto es cierto,
que ó mañana he de ser muerto,
ó mi cautiva serás.
VEREN. Y dices que amor tu mente
soñó!..
DOMIC. Mi honor es primero.
Por él lucho.
VEREN. Traicionero
es ese amor! Lo presiente
mi corazon!
DOMIC. No es traidor
el que cumple como honrado;
la bandera de un soldado
es primero que su amor.
VEREN. Ah! por una fé mentida
hoy, idólatra, abandona
el brillo de una corona!
Vete pues; guarda tu vida;
que la quiero conservar,
porque en la lucha, mañana
pueda tu saña inhumana
la mia sacrificar!
Parte ya.
DOMIC. Debo á tu mano
tal favor...
VEREN. Tu fé te guia!

Domic. (Lástima es que sea judía!)
Veren. (Lástima es que sea Romano!)
Raq. (*acudiendo á la puerta izquierda.*)
Siento ruido!
Veren. Sal de aquí!
(Se oyen murmullos por la izquierda que van creciendo y acercándose.)
Raq. Que llegan!
Veren. (Suerte tirana!)
Te emplazo para mañana!
Domic. Mañana venzo por tí!
(Corre hácia la muralla; le indica á Fabio que salte y salta tras él.)

ESCENA VIII.

Verenice *y* Raquel.

Dav. (*dentro.*) A las armas!
Raq. Es tu gente!
Desbandada aquí se acerca!
Veren. Habrán descubierto?
Raq. Acaso...
Veren. Cielos!
Raq. Querrán que lo prendas!
Veren. Ay, Raquel, es imposible!
Ese Romano se lleva
mi corazon!
Raq. Le amas?
Veren. Tanto,
que si antes temí á la guerra,
hoy morir, mas que luchar
con Roma, Raquel, quisiera!
Raq. Mas tan súbito...
Veren. Al amor
le basta un momento.
Raq. Llegan
los tuyos!
Veren. Raquel, silencio!
Ni una palabra...
Raq. No temas!
(*salen en tropel David y soldados hebreos.*)

ESCENA IX.

Las mismas, David *y Hebreos.*

Dav. Aquí está! (*viendo á Verenice.*)
(*á los Hebreos.*) Tened. Ha poco

los atalayas de afuera,
á los pies de la muralla
han visto...
VEREN. Dí. (*con estrañeza.*)
DAV. Algunas fuerzas
de Romanos.
VEREN. De Romanos?
DAV. Sí! (*reparando á la muralla.*)
Falta allí el centinela!
Alguna traicion!.. Temimos
que tú sucumbido hubieras,
y corrimos hácia aquí...
VEREN. Será el pavor que ya os ciega!
DAV. El pavor! (*con indignacion.*)
VEREN. Si, yo velaba,
y no he visto... A esas almenas
subid. (*suben David y algunos Hebreos.*)
DAV. Desde aquí, aunque oscura
la noche, claro se deja
ver, que alguna gente armada
de nuestros muros va aun cerca!
Aun podemos alcanzarlos,
si quieres. El centinela (*reparando en él.*)
ha sido muerto; miradle:
el pecho de una saeta
tiene atravesado! Vamos! (*bajan.*)
VEREN. (Oh! ya irá lejos!)
RAQ. (Qué piensas?)
VEREN. (Raquel, si le prenden!..)
RAQ. (No
debes oponerte. Esperan
tus órdenes.)
DAV. Qué decides?
Tu mandato aguardo.
VEREN. Sea.
DAV. (*á los hebrcos.*) A ellos! Viva Salem!
Mueran los Romanos!
TODOS. (*salen en tropel.*) Mueran!

ESCENA X.

VERENICE, RAQUEL.

VEREN. Raquel! Si le prenden! Oh!
RAQ. Pienso que ese hombre ha venido
á fascinarte.
VEREN. El sentido,
ay! Raquel, me trastornó!

RAQ. Y por él serás infiel
al pueblo que en tí confia?
Qué! Dudas?
VEREN. Por vida mia!
No me conoces, Raquel?
RAQ. Mas lo dejastes marchar!..
VEREN. Es verdad!
RAQ. Y ahora te inquieta
que tu gente le acometa...
VEREN. Es verdad!
RAQ. Le amas!
VEREN. Amar!
Qué es amar? Un frenesí?
Siento que mi pecho siente,
y que enagena mi mente
desde el punto en que le ví.
RAQ. Y por ese amor, infiel,
querrás que Salem sea tumba?.
VEREN. Quiero que Roma sucumba,
pero que se salve él.
RAQ. Pudieras como presea
de ese amor...
VEREN. No, por mi vida,
antes que amante rendida
he de ser la reina hebrea!
Y haré de heroismo alarde,
pues si amor su pecho siente,
amarme querrá valiente,
no despreciarme cobarde,
RAQ. Entonces...
VEREN. Porque á mi mano
ningun pretesto contenga,
antes que el Romano venga
saldré á buscar al Romano.
Y si frente á frente doy
con Vespasiano y su gente,
le retaré frente á frente
porque miren lo que soy.
Y los batiré tan bien;
tanta ha de ser mi osadía,
que tiemblen á la judía
que manda en Jerusalem.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

(Campamento Romano. Tiendas de campaña. Centinelas en algunos puntos. Amazonas y soldados en grupos repartidos por la escena; uno en primer término en el cual se hallan Cleopatra y Fabio.)

ESCENA PRIMERA.

CLEOPATRA, FABIO, SOLDADOS, AMAZONAS.

CLEOP. Mucho ponderas su arrojo!
FAB. Es sin igual su heroismo!
CLEOP. Mas como fué...
FAB. Domiciano,
que es el súbdito mas digno
del Emperador, ansioso
del laurel, que siendo él hijo
menor, las leyes le quitan,
se ha impuesto el deber á él mismo
de hacer mas que hicieren todos
los que obedecen á Tito,
con quien Vespasiano parte
el Imperio y el peligro.
Anoche, ocioso en el campo,
me llamó: Fabio, me dijo;
acaso de hoy á mañana
mi padre disponga el sitio
de Jerusalem; yo quiero,
pues así lo he prometido,
ser el primero en entrar
por sus murallas; sin tino
para acometer mi empresa,
mas sin temor al peligro,
ya sabes, que entre esa grey
desvandada de Judíos,
he ganado á un general,
que le tengo por amigo;

pues bien, con su ayuda, pienso
esta noche, y con tu auxilio,
y el de algunos de los nuestros,
ir á Salem; hasta el mismo
muro podremos llegar,
y de escalas bien provistos,
hasta saltar la muralla
y reconocer el sitio
por donde mas facilmente
acometer mi designio. —
No le supe replicar;
y escogiendo de los mios
cien soldados, los mas fuertes,
á Domiciano seguimos.
Llegamos á una avanzada,
nos dió el alto! Mas altivo
Domiciano, llegó á ella,
habló al general judío,
nos franquearon el paso
y al muro nos dirigimos.
Un atalaya tan solo
velaba por aquel sitio,
cuyo cuerpo una saeta
dejó atravesado, frio.
Escalamos la muralla;
Domiciano aquel recinto
estuvo reconociendo
con gran detencion, y fijo
su plan ya, nos retirábamos,
cuando á la espalda sentimos
que una falange de hebreos
nos atajaba el camino;
y pues era cobardía
el mirarnos perseguidos,
hicimos alto, esperamos;
con tal fervor los batimos,
que pocos para contarlo
quedaron en aquel sitio.
En Jerusalem acaso
el desastroso esterminio
de los suyos difundióse,
pues refuerzos crecidísimos
acudieron con alarde
de vengar á los vencidos.
Imposible resistir
era ya!—De lucha el grito
lanzó Domiciano; entonces

cubrióse todo el camino
de Romanos; las legiones
españolas, que con Tito
á la cabeza, llegaban
á prestarnos sus auxilios;
combate fiero trabóse
con Romanos y Judíos,
cuyo resultado ignoro,
pues que Domiciano áltivo
mandóme venir aquí
á dar á su padre aviso
de todo cuanto ocurria;
y cumpliendo su designio,
sin detenerme un momento
con tal objeto he venido.

CLEOP. Temeridad mas que acierto
es la empresa; los designios
del Emperador no eran
esos.

FAB. Primero batirlos
que acometer la ciudad,
tampoco es un mal.

CLEOP. No opino
como tú. Y le diste cuenta
al Emperador?

FAB. Sombrío
me escuchó; tanto, que parte
del suceso, referirlo
eludí.

CLEOP. Pero, hay mas?

FAB. Sí,
y grave, mas no lo digo,
si no jurais...

CLEOP. Juraremos.

FAB. Pues jurad.

CLEOP. Sea Dios testigo!

FAB. Pues bien, Domiciano anoche
en Salem quedó cautivo!

CLEOP. Cautivo!

FAB. No os alarmeis:
prisionero de un hechizo,
de un amor que puede ser
fatal para los judíos!

CLEOP. Cómo!..

FAB. El coloquio escuché,
y por él puedo deciros,
que de Salem la Señora

le ama!
CLEOP. Verenice?
FAB. Vilo.
CLEOP. Pero... esplica...
FAB. Dentro ya
del muro, en la estancia dimos
de la Judía; Domiciano,
más tenaz que precavido,
la esperó, y en este encuentro
hay tanto que no me esplico,
que solo os diré, que se aman,
puesto que nos dió su auxilio
para salir...
CLEOP. Y eso, puede?..
FAB. Ser favorable; al caudillo,
ni amor domina su pecho,
ni doblega su alvedrío.
Altanero despidióse,
y altanero la predijo,
que entrará en Jerusalem
el primero, y que sus brios,
ó muy poco significan,
ó han de ver el esterminio
de la Reina de Salem
y todo el pueblo judío.
CLEOP. Y es hermosa?..
FAB. Así lo creo,
aunque mal ví sus hechizos,
pues distante, y algo oscuro,
me encontraba yo del sitio
del coloquio.
CLEOP. Y dices tú
ser muchos los que al camino
donde los nuestros se hallaban
acudieron?
FAB. Mas colijo
que siendo tambien los nuestros
muchos, y mayor sus brios,
á estas horas los Romanos
habrán sin duda vencido.
CLEOP. Gran confianza es la tuya!
FAB. Y qué mucho, si confio,
sabiendo que Domiciano
se halla allí?
CLEOP. Ved; abatido
llegá aquí el Emperador.
FAB. Dejémosle franco el sitio.

(*Se apartan hácia el fondo.*)

ESCENA II.

Los mismos, VESPASIANO.

VESP. Fabio! Cleopatra! Romanos!
Por qué de mí os alejais?
FAB. Gran señor!.. (*Se acercan*)
VESP. No, no os vayais.
No hay misteriosos arcanos
en mí que haya de ocultar
á mis huestes, á mi grey,
ni las congojas de un rey
se deben disimular.
Me veis abatido, sí;
mas no por temor penando
me veis, sino porque el mando
es pesado para mí.
CLEOP. Señor, tú, como ninguno,
nos mandas bien.
VESP. Tal creia!
Era ilusion ó manía!
No lo es así, cuando hay uno
de entre todos, contumaz,
que osado, y no previsor,
comprometiendo su honor
nos precipita tenaz;
y que provocando en vano
lances que á nada conducen,
si sus empresas relucen,
empañan las de su hermano.
FAB. Mas señor...
VESP. Siervo leal
eres de mi hijo, por eso
no repruebas el esceso
que le conduce hácia el mal.
Rebelde, aunque valeroso,
hará tanto, que su vida
comprometa en la partida;
y turbando mi reposo,
no mira cuanto me aflijo,
porque en su lucha obstinada,
temo, al perder la jornada,
perder tambien á mi hijo.
Anoche, sin consultar,
ni tomarme parecer,
ha osado comprometer

los que no sabe mandar;
dando lugar su osadía
á un combate prematuro,
que pone en riesgo seguro
á toda la hueste mia.
Y gracias á que preví,
cuando de menos le eché,
darle mi auxilio, porqué
sin él pereciera allí!

FAB. Su afan de vencer le lanza...

VESP. El guerrero que es valiente
debe á la vez ser prudente.
No á la ciega confianza
debe el hombre su valer,
pues luchando de esa suerte,
puede vencer al mas fuerte
el que mas sepa vencer.
Id á saber, y avisad.

CLEOP. Te quedas solo, señor?

VESP. Me quedo con mi dolor.

FAB. Descansa en nuestra lealtad.

(*Vanse todos, escepto Vespasiano, que despues de reconocer la escena, dice:*

ESCENA III.

VESPASIANO, *solo*.

Ya estoy solo. Mientras llegan,
quiero saber de Josefo,
de este caos en que vivo
los altísimos misterios.
Quiero de una vez salir
de estos errores que observo,
y que si bien no descifro,
aunque dudo, los comprendo.
Que un Dios tan solo gobierna
desde el anchuroso cielo
á todo el género humano,
diz que asegura el hebreo;
que los ídolos son falsos;
que ese error en que nacemos
nos conduce al precipicio,
porque ese Ser que es supremo,
vé con enojo el engaño
en que idólatras caemos!
Que ese Jesus es el Dios
absoluto y verdadero

que vino al mundo, á enseñar
la verdad de este misterio,
y que los Zelotas viles,
creyéndole, le temieron
y le dieron muerte, ansiosos
del poder que sobre el pueblo
su santísima doctrina
iba al cabo consiguiendo!
Todo esto dice el judío;
y yo, sin tocar lo cierto,
no sé por qué, en sus palabras
y en sus vaticinios creo.
Roma defiende á Jesus,
y le venga del tormento
que como á falso profeta
esos herejes le dieron!
Es que Roma en Jesus crée,
sin esplicarse el portento,
sin la conviccion que nace
á vista de los sucesos?
Pienso... divago... vacilo...
me confundo... y solo encuentro
que mi corazon se inclina
á seguir ese sendero
porque le arrastra un poder,
aunque invisible, supremo.
Aquí he citado á Josef...
Escuchemos á Josefo.

(*Desde un estremo hace una seña y aparece Josefo.*)

ESCENA IV.

Dicho y Josefo.

Vesp. Llega pues.
Josef. Llego cautivo,
señor, de tu gran poder,
esclavo de tu valer,
por tí aliento, por tí vivo.
Mi vida es tuya; tus plantas
dáme á besar.
Vesp. No, José;
no á mí te humilles, porqué
quien tiene grandezas tantas
como atesora tu lábio,
nunca se debe humillar,
débese, sí, prosternar
el que es ignorante, al sábio.

Y pues aquí como vés,
de tu saber quiero parte,
no á mis piés debes postrarte,
yo debo estar á tus piés.

JOSEF. Qué puedo yo dar que sea
útil á quien vale tanto?

VESP. Díme: por qué con espanto
huyes de la gente hebrea?

JOSEF. No huyo, señor; arrojado
por ellos fuí; me han creido
á tí, mísero, vendido,
y fieros me han insultado.
Tú, humano me perdonaste
cuando cautivo llegué,
y agradecido miré
que con bondad me trataste;
ellos, que oyeron tan clara
mi voz cantando su yerro,
me arrojaron como á un perro
escupiéndome á la cara!

VESP. Dicen de tí, que en la lucha
tu afan contra ellos se inclina;
que de Jesus la doctrina
defiendes con fuerza mucha;
que debe á la ley asirse
de un pueblo el que en él se anida.

JOSEF. Cuando un pueblo se suicida,
no debe al pueblo seguirse.

VESP. Luego en que sucumbe estás...

JOSEF. Caerá Salem!

VESP. Así sea.

JOSEF. Y caerá la raza hebrea
para no alzarse jamás!

VESP. Y eso les dijistes?..

JOSEF. Eso.

VESP. Y libre y vivo saliste?..
Como, pues, lo conseguiste?

JOSEF. De su furor el esceso
hiciérale refrenar
mi voz. Ellos me ofendieron;
matáranme si pudieran;
mas no me pueden matar.

VESP. Qué hay en tí? Qué en tu alvedrío,
que así te salvaste allí?

JOSEF. Es que influye sobre mí
un inmenso poderío.

VESP. Poder sobrenatural

que en mi mente se refleja
y la confunde, y perpleja,
solo piensa en lo ideal.
Oigo tu voz, y mi ser
se conmueve de tal modo,
que acierto, creyendo en todo,
arcanos de gran valer.
Y lleno de hermosa uncion
en mi mente reberbera,
que hay una ley verdadera
y una sola religion.
Y en esta lucha en que vivo
tus palabras escuchando,
ya creyendo, ya dudando,
de tu voz me hago cautivo.
De esa ley que tu predicas
dime los efectos sanos;
esplícame sus arcanos
pues que tú la santificas.
Que si tienen fuerza tanta
como tu acento en mi oido,
seré el primer convertido
de esa ley divina y santa.

JOSEF. Escúchame, aunque podrás
no satisfacer tu anhelo,
que hay misterios en el cielo
que no se sabrán jamás!—
Hay un Dios de tal valer,
y en esto mi fé no yerra,
que crió el cielo y la tierra,
que dió al orbe vida y ser.
Vino al mundo, ser humano,
de madre vírgen, María;
cuna humilde le mecia;
pero humilde, soberano.
La madre vírgen quedó
aun despues del nacimiento,
demostrando este portento
que Ser Supremo nació!
Ante él, pues tal era ley,
humillaron la cerviz,
desde el rico, al infeliz,
desde el esclavo, hasta el rey.
Que ellos de un ángel supieron
el prodigio sin segundo,
y al venir Jesús al mundo
le amaron, y le creyeron.

Maliciosa ó ignorante
la raza hebrea, negó
que Dios al mundo bajó
y le persiguió triunfante.
Mas El creciendo y creciendo
en poderío y valer,
pudo hacerse conocer
su doctrina difundiendo.
Decirte cuál fué tratado
en Salem, ya lo has sabido;
qué mas? Qué fué maldecido
y muerto crucificado!
Mas si es cierto que murió
y fué sepultado muerto,
tambien, señor, es lo cierto
que á poco resucitó.
Y elevándose á la altura
entre celestes cantares,
domina tierras y mares,
del mundo la inmensa anchura.
Un dia descenderá,
y siendo del justo amigo,
será terrible el castigo
que al incrédulo impondrá.
Que El manda al hombre ser fiel,
amarle y obedecerle,
y respetarle y temerle,
poner la esperanza en él.
Y ese misterio que en pós
de su grandeza ha provisto,
prueba mas que Jesucristo
es Dios, el único Dios.

VESP. Cuanto acabas de narrar
me conmueve, y no me asombra;
mas vá envuelto en una sombra
que yo quisiera aclarar!

JOSEF. Ser á su doctrina fiel
manda su divino imperio;
querer saber su misterio
es querer ser lo que El.

VESP. Mas tú que en la ley naciste
de los que á ese Dios negaron,
é impíos le castigaron,
cómo en su poder creiste?
Qué hizo á tu ser conocer
de ese Dios la om nipotencia,
que ora es tanta la creencia

que tienes de su poder?

JOSEF. Un rayo de luz partió
de su grandeza á mi mente,
y viéndole omnipotente
mi corazon convirtió.
Que esa doctrina estudié
que dá luces á millares,
y en mi pecho brota á mares
el manantial de la fé.

VESP. Dices bien, que vale mucho,
pues si tanto no valiera,
yo, Josefo, no te oyera
estasiado cual te escucho!
Y en ello quiero pensar,
pues siento, pensando en ello,
de luz un vivo destello
que me hace á ese Dios amar.
Pues, sin saber la razon,
en tu prediccion he visto,
que la religion de Cristo
es la santa Religion.
Pero, por no mas dudar,
quisiera en este litigio,
ver de ese Dios un prodigio.

JOSEF. Tantos habrás de mirar,
tantos prepara á tu ser,
segun alcanza mi mente,
y alguno tan elocuente,
que en él habrás de creer.
Que pues manda derramar
su ley por todo el espacio,
desde el cielo á tu palacio
su luz hará penetrar.
Y porque alcances tambien
como su castigo afluye,
verás cual pronto destruye
á los hijos de Salem.
(se oye el eco de un clarin.)

VESP. Ese clarin!

JOSEF. Él te augura,
señor, para eterna gloria,
hoy una nueva victoria;
mi lábio te lo asegura.
Déjame marchar.

VESP. José,
tu presencia siempre me honra.

JOSEF. No quiero ver la deshonra

del pueblo que tanto amé.

ESCENA V.

Dichos, Fabio.

Fab. Gran señor! Altivas llegan
tus legiones vencedoras.
Tito las manda; su frente,
radiante con la aureola
del combate, inclinar pide
ante tu augusta persona.

Vesp. Tito solo? (*con recelo.*)

Fab. Domiciano
llega tambien; de su gloria
himnos cantan los soldados,
preces lanzan nuestras tropas.

Vesp. Hijos del alma queridos!
Que lleguen pues. (*vase Fabio.*)

Josef. Dios te apoya!
Gran señor, en sus misterios
cree y humilde le adora.

Vesp. Vé, Josefo, en la creencia
que pienso en él.

Josef. Él te oiga!

(Vase Josefo. Aparecen por la izquierda Tito y Domiciano seguidos de muchos Centuriones, Aquilíferos, Amazonas, Soldados Romanos y cautivos hebreos. Entre los estandartes se verá descollar uno, en el cual se hallará grabada la imágen del Crucificado. Ocuparán la escena simétricamente.

ESCENA VI.

Vespasiano, Tito, Domiciano, Fabio, Cleopatra, *Centuriones, Aquilíferos, Amazonas, Soldados Romanos, Cautivos Hebreos.*

Tito. Gran señor, vengo á ofrecerte
los despojos y la gloria
de mi primera victoria. (*se arrodilla.*)

Vesp. Levanta y dí.

Tito. El caso advierte.
Ya sabes como salí
en auxilio de la gente
que Domiciano valiente
mandaba. Cuando hasta allí
llegué, lucha sostenia
su corta hueste gloriosa,
contra fuerza numerosa
de la falanje judía.
La hicimos retroceder

á poco esfuerzo que hicimos,
y persiguiéndolos fuimos
dándose ellos á correr.
Buscando á sus cuerpos valla
dióles la ciudad emboque,
y allí paramos, al choque
de su primera muralla.
Ya era forzoso seguir
aquel combate empeñado,
y aunque el lance era arriesgado,
propuestos á combatir,
á todos serví de guia;
y aunque valerosamente
con muchas armas y gente
la ciudad se defendia,
nuestra tropa en árduos hechos
rompió una parte del muro,
que luego halló mas seguro
del enemigo en sus pechos.
Tiene la ciudad cercada
tres murallas; la primera
fué la rota, y considera
que apenas me ofreció entrada,
cuando mandé un escuadron
para ganar el portillo,
pero salió á recibillo
con denuedo y corazon
tanta gente, y tan valiente
con las armas en la mano,
que á todo el poder Romano
detuviera la corriente.
Las legiones españolas
con valor nunca vencido,
de aquel raudal detenido
levantaron crespas olas.
Y resistiendo á la espada
lo que neutral conocieron,
mayor corriente le dieron
con la sangre derramada.
En fin, se hicieron proezas
dignas de ser referidas;
hubo de un golpe dos vidas
cortadas en dos cabezas.
Y á tanto el furor llegó,
que alguno con pecho fuerte,
despues de muerto, dió muerte
al mismo que le mato;

cayendo entrambos, despues
de batalla tan reñida,
sin vida el muerto homicida,
y el que le mató, á sus piés.
Con esto se retiraron
á la ciudad, los que fuera
de la muralla primera
á la segunda apelaron.
Tal fué, señor, la batalla;
no entré en la ciudad, aunqué
bien pude hacerlo; no entré
ni traspasé la muralla,
pues que mañana con gloria
toda la hueste Romana,
puede hacer mas soberana
y segura la victoria.
Dichoso, pues, tus pies toco,
no por la victoria mia,
que como por tí vencia
todo me parece poco.

VESP. Hoy te previene mi amor
dulces y amorosos lazos;
siempre llegues á mis brazos
victorioso y vencedor.
Y tú, Domiciano, nada
me quieres decir de tí?

DOMI. Yo, señor, nada hice allí
y no debo contar nada.
Por mí solo he peleado
y á mí, ya me he dicho yo,
que por lo que me tocó
nada á deber me he quedado.
Sé que tan bien peleé
y á mis piés tantos cayeron,
que al ver que tantos murieron
ya de matar me cansé;
y así cansado y sin gana
de ver á tantos morir,
los dejé libres huir
por tener que hacer mañana.

VESP. Mas debo reconvencion
dar á esta accion, provocada
por tu ambicion denodada.

DOMI. Cúlpame, pues, por mi accion;
que yo en Salem penetré
y, ojalá no penetrára,
pues allí no me dejára

la vida que me dejé.
VESP. No entiendo...
DOMI. Secreto es mio.
Castiga mi arrojo nécio,
yo á mí mismo me desprecio
pues que rendí mi albedrío.
VESP. Dí pues...
DOMI. Déjame ocultar
lo que allí por mí ha pasado;
pues que el honor no he dejado,
déjame, señor, callar.
Que si vacilar osára
por ello mi pecho fuerte,
ó me diera pronta muerte,
ó el corazon me arrancára.
Pero cometí un desliz
aunque mi blason no empaña,
como en mi pecho se entraña
ya no puedo ser feliz.
Y yo en desagravio mio
y en castigo á error tan grave,
he jurado que se lave
con la sangre del judío.
Y á quien me hizo quebrantar
mi fé, será, yo os lo digo,
el primer pecho enemigo
en quien me habré de vengar.

(Se oye gran agitacion interior. Todos los soldados Romanos se ponen en movimiento Fabio sale y vuelve á poco.)

VESP. No oís?
TITO. Qué es? (*A Fabio que vuelve.*)
FAB. De la Ciudad,
de corta hueste delante,
una mujer arrogante,
sobre la velocidad
de un corcel, que apenas toca
el herrado pié en la arena,
ó nuestro asalto condena,
ó nuestas armas provoca.
(*aparece Verenice á caballo, por el patio.*)

ESCENA VII.

Dichos y VERENICE.

VESP. Vedla allí!
DOMI. (*con sorpresa.*) (No es ilusion!
Ella es! Corazon, cautela;
cúbrete de férrea tela

que hoy te pruebas, corazon!)
VESP. De valor es un tesoro
pues llega airada hasta aquí!
TITO. (Domiciano, es esa?)
DOMI. (Sí.)
TITO. (Es bella!)
DOMI. (Bella, y la adoro!)
VERE. Soberbios hijos del sol!
Monstruosos partos de Roma,
si ya no os llamo cenizas
de la antigua Babilonia!
Vosotros, los que ceñís
sacrílegamente heróica
vuestras carcomidas sienes
con la cívica corona!
Oid; atended; que os reta
otra Judit valerosa,
de tanto valor armada,
tan segura en la victoria,
que con las armas os llama
y con la voz os provoca.
Si á tí, César Vespasiano,
te ciñeron la aureola
porque oprimas á mi pueblo;
ó si por pretesto tomas
vengar de Jesus la muerte,
hazaña dificultosa
se le ha ofrecido á tu Imperio,
ha de marchitar sus glorias.
Si en Jerusalem no hubiera
tantas espadas heróicas
para resistencia suya,
yo sola basto, yo sola.
Esas murallas que veis
y ese alcázar que corona
sus chapiteles de estrellas
porque al mismo cielo tocan,
señores del mundo fueron;
el Asia, Africa y Europa
tributaron á su imperio,
oro en barras, perla en conchas,
grana en polvo, seda en telas,
en perfúme ámbar y rosas.
Pues por qué ha de estar sujeta
la que siempre vencedora,
para la defensa suya
al Dios de Israel invoca?

Libertad pide, Romanos!
Hoy la cerviz generosa
sacude el pesado yugo
de vuestra soberbia loca.
Salid al combate fiero,
que ya su defensa toma
una religion, que guarda,
una razon que la abona,
una ley escrita en piedra,
y un Dios que sirve y adora!

(Desaparece. Grandes murmullos entre los soldados Romanos.)

ESCENA VIII.

Los mismos, escepto VERENICE.

VESP. Notable mujer!
TITO. No he visto
en las Romanas matronas,
hermosura tan radiante,
arrogancia tan airosa!
DOMI. (Qué mas, que rinde mi pecho
y mis sentidos trastorna?)
VESP. (Hijo!) (*á Domiciano.*)
DOMI. (Padre!)
VESP. (Ya comprendo.)
DOMI. (Padre, mi secreto ahoga
dentro del pecho. Mañana
cuando las huestes de Roma
toquen al arma, el primero
me verás, y si no logra
cautiva hacer de mi esfuerzo
mi espada á esa hebrea orgullosa,
ó moriré por su mano,
ó eclipsándose su gloria,
bañaré en su sangre impura
el acero que me abona.)
VESP. Romanos, una mujer
con ardimiento os provoca.
Mañana á Salem!
TITO. Mañana
será nuestra la victoria!
VESP. Por Roma!
TITO. Por nuestro Dios!
CEOP. Viva Roma!
TODOS. Viva Roma!

(*se ponen todos en movimiento y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Llano á la falda de un monte, en cuya sima se vé parte de la Ciudad de Jerusalem. Tanto esta como una gruesa roca que descollará en el centro del monte, han de estar preparadas para las transformaciones que en el trascurso del acto se van marcando. Es la aurora. Durante la primera escena se verá el nacimiento del sol por cima de las almenas y torres de la Ciudad; de modo que á su terminacion sea el dia completo. Al levantarse el telon una larga pausa interrumpida en medio de la mayor compostura, por el canto de los pájaros. Todo el llano que forma el escenario en sus primeros términos, se hallará cubierto de soldados romanos, ocupando este fondo los Alquilíferos con los estandartes, dando frente al público, ocupando el centro el en que se halla estampada la imágen del Crucificado. Todos los demás circunstantes arrodillados, dando la espalda á los espectadores, y en el primer término del teatro, Vespasiano, Tito, Domiciano y Cleopatra.

ESCENA PRIMERA.

VESPASIANO, TITO, DOMICIANO, CLEOPATRA, *Soldados Romanos, Centuriones, Amazonas, etc.*

Pausa.

VESP. Salve, oh dia! De tu luz
anuncia el primer reflejo,
que ya ha llegado la hora
de destruccion para un pueblo.
Salve, oh dia! Con tu aurora
anuncias el gran portento
que fama imperecedera
dejará para mi Imperio!
Cerca los muros estamos
de ese miserable espectro
en que habrá de convertirse
la Ciudad Santa, que un tiempo,
fué la admiracion del mundo,
asombro del universo!

Salve, oh dia! De ese sol
los vivísimos reflejos,
son la señal decisiva
del mas solemne momento
que para salvar el mundo
de errores y devaneos,
un Dios poderoso y fuerte
por su bondad ha dispuesto.
Juro ser fiel en la guerra
que hoy ya sin descanso emprendo,
por la causa noble y santa
que con fervor defendemos!
Estinguir la raza hebrea,
Romanos, todos juremos;
raza de Dios maldecida,
de ese Dios en quien observo
un poder tan soberano,
un influjo tan supremo,
que, sin esplicarme el cómo,
su omnipotencia entreveo!
Jurad!

TITO. Yo, Tito, tu hijo,
con quien partes el Imperio;
por la corona que ciño,
por las águilas que el pueblo
dibujó en nuestras banderas
como sublime trofeo,
juro no dejar el campo
hasta no ver de ese pueblo
el espantoso esterminio
que la razon ha dispuesto!

DOMIC. Yo, Domiciano, el soldado
mas humilde, el mas pequeño
en valor y en heroismo,
juro no entregarme al sueño
de hoy mas, no vestir mas galas,
ni dar reposo á mi cuerpo,
ni tener luz en mis ojos,
ni corazon en mi pecho,
si faltáre á los deberes
que me imponen tus decretos!
Juro, cual juré otras veces,
ser en vencer el primero,
y hacer cautivo al mas fuerte,
al mas poderoso hebreo,
sacrificando su vida
en venganza del cruento

sacrificio cometido
contra ese profeta escelso,
cuya doctrina sorprende,
y en cuya doctrina espero
creerá, segun lo predicen,
el anchuroso universo!

CLEOP. Yo, en nombre de los Romanos
que hoy obedecen tu imperio,
juro, que ni uno tan solo
retrocederá al esfuerzo
de los hijos de Salem;
que pues juzga tu criterio
que uno solo es el Dios grande.
el omnipotente y bueno,
y el que por tanto dirije
la marcha del universo,
si se operan los prodigios
que nos anuncias, creeremos
en su poder sacrosanto,
como en sus altos misterios!

VESP. Sálve, oh venturoso dia!
que has de ver el triunfo nuestro.

TITO. Salve, oh Dioses! por vosotros
tranquilo á luchar me apresto.

CLEOP. Salve, Roma, cara patria!

DOMIC. Salve, oh Dios de los ejércitos!

(Todos se levantan. Dia completo. Suena un clarin por la izquierda.)

TITO. Ese clarin belicoso
acaso anuncia el regreso
de las tropas, que con Fabio
en descubierta salieron
á reconocer el campo.

ESCENA II.

Dichos, y FABIO.

VESP. Fabio! (*á este que llega.*)

FABIO. Señor!

VESP. Oirte espero.

FABIO. De la noche en las tiniebias
y en su tranquilo silencio,
con la fuerza que me diste
acerquéme al campo hebreo.
Fuera del muro se miran
muchos soldados dispuestos
á defender la Ciudad.

Mis emisarios secretos
dicen, que al frente se encuentra
Verenice, ese portento
de arrogancia y hermosura;
y que ya esperan inquietos
la señal de la pelea,
el choque de los aceros.

DOMIC. Nunca esperar al contrario
nuestros Romanos hicieron,
señor!

TITO. Partamos!

FABIO. Hay mas!
Nuestro campo recorriendo,
segun tambien me ordenaste,
por terminar los aprestos
de la jornada, he notado
que en la tienda de Josefo
solos estan los esclavos
que con él ayer vinieron.
Mústios, cabizbajos, tristes,
sus ojos brotando fuego,
lloran de Josef la marcha,
de que no se apercibieron
hasta despues de ocurrida,

TITO. Si acaso traidor!...

VESP. No temo!
Josefo á nosotros vino
arrojado de su pueblo;
por su voluntad nos sigue...

TITO. Entonces...

VESP. Su ausencia entiendo.
Todo en él es misterioso
y hoy se aleja con misterio,
que acaso ver no ha querido
de su raza el fin sangriento.
Su alto saber le defiende
de los malos pensamientos,
Bueno es Josefo, Romanos;
respetemos á Josefo!
Tu gente, Fabio?

FABIO. Apostada
al frente del campamento
enemigo.

VESP. Ya, Romanos,
llegó la hora!

TITO. Marchemos!

VESP. Tremolad el estandarte

de Roma!

TITO. Soldados, á ellos!

(Suena dentro marcha belicosa, á cuyo compás salen todos con buen órden. Queda sola la escena algunos momentos. Cuando el sonido de los instrumentos se oye lejano, se abre la roca que ocupa el centro del monte y aparece Josefo, baja á la escena, observa el sitio por donde se han marchado los Romanos, los contempla y cae arrodillado.)

ESCENA III.

JOSEFO, *solo.*

Ciudad santa, en que mi cuna
mecióse tranquila un dia,
deja que hoy en tu agonía
llore tu adversa fortuna!
Tú, que grande cual ninguna
distes á mi vida el ser,
cuando vas á perecer
deja que tu mal deplore;
deja que te mire y llore,
señora del mundo ayer!
Ya otro sol alumbrará
tus edificios, que en guerra
fueron terror de la tierra!
Ya el sol no se alejará,
ni mas sombra te dará
admirando tu poder!
Lágrimas mias, correr
os cumple; dejad que implore;
deja que te mire y llore,
señora del mundo ayer!
Una hora nada mas
te erguirás grande y señora!
Solo un hora; solo un hora
gigante te elevarás!
Con tu muerte pagarás
crímen que en tí tuvo ser!
Al mirarte perecer,
deja que tu mal deplore;
deja que te mire y llore,
señora del mundo ayer!
Tu muerte es el golpe fiero
conque Jesús sentenció
al pueblo que le afrentó;
y pues es Dios justiciero,
sufre el castigo severo

que hoy dá á tu soberbio ser!
Mas, pues me viste nacer,
no estrañes que al Dios implore,
ni que tu desgracia llore,
señora del mundo ayer!
Ay mi pueblo! Pueblo mio!
incrédulo y mal guiado!
Por qué bárbaro, obcecado
con Cristo fuistes impío?
Bienes mil diera al judío
si respetara su ser;
mas pues noquisiste ver
que en tí su grandeza more,
no estrañes que por tí llore,
señora del mundo ayer!
(*Pausa.*)
Lejano en mi oido zumba
de destruccion el estruendo!
Ya el rayo fiero, tremendo,
ronco, furioso retumba!
Jerusalem se derrumba!
Sus hijos le hacen perder
su grandeza, su poder;
y yo que tu mal deploro,
al ver como mueres, lloro,
señora del mundo ayer!
(*Pausa.*)
Trabése el combate fiero!
Ya sucumbes, raza mia!
Ay, triste raza judía,
llegó tu instante postrero!
Mirar tu muerte no quiero,
Ciudad santa; no he de ver
tu esterminio! Antes de ser
testigo de tu quebranto,
quiero hásta ocultar mi llanto,
señora del mundo ayer!

(Se oculta por la misma roca que salió, la cual despues de darle paso, se cierra. Un momento de silencio interrumpido por clarines lejanos, que anuncian el combate. Luego atraviesan la escena algunos hebreos sin rumbo. Despues David con otros, trayendo en la mano el estandarte de los Romanos en que se halla dibujada la imágen del Crucificado.)

ESCENA IV.

DAVID *y Hebreos.*

DAVID. Seguidme, corred, hebreos!

Nuestro ejército vencido
en el campo, la Ciudad
se entregará al enemigo.
Este estandarte, que lleva
grabado el cuerpo de Cristo,
con esfuerzo sobrehumano
arrebaté á un Aquilífero.
Quizás por aquí entraremos
en Salem; si conseguimos
llegar sobre sus almenas,
para baldon y ludibrio
del Romano, el estandarte
tremolará nuestro brio!
Huyamos, que nos persiguen!
Corred por aquí, Judios!

(Les señala el último término de la derecha, por donde el monte estará dispuesto de modo que parezca que dá subida á la Ciudad. Cuando se hayan ocultado por dicho sitio, aparecen como en su persecucion algunos soldados Romanos capitaneados por Tito.)

ESCENA V.

TITO *y Soldados Romanos.*

TITO. A ellos, Romanos; á ellos!
Alcanzarlos es preciso,
que nos llevan los infieles
el estandarte de Cristo!

(Desaparecen por el mismo sitio que los anteriores. A poco entran en la escena, Verenice cubierto el rostro con un velo de plata y sosteniendo cuerpo á cuerpo combate con Domiciano.)

ESCENA VI.

VERENICE *y* DOMICIANO.

DOMIC. Inútil es tu resistencia!
VEREN. El brazo
no puede mas luchar! (*casi sin fuerzas.*)
DOMIC. Rinde el acero!
VEREN. Ay, que no puedo mas!
(*quedando desarmada.*)
DOMIC. Lo vés? Ahora...
VEREN. Hiéreme de una vez; hiere mi pecho!
DOMIC. No te quiero matar! Descubre el rostro.
VEREN. Nunca!
DOMIC. Por fuerza! (*amenazándola.*)

VEREN. (*descubriéndose.*) Pues lo quieres, vélo!
DOMIC. Verenice! (*con alegría mal comprimida.*)
VEREN. Yo soy; mas no rendida;
luché cuanto luchar pudo mi cuerpo,
y si no te maté, lo debes solo
al denodado y poderoso esfuerzo
de tu brazo cruel! Ya soy tu esclava!
Esclava con honor te dá mi pueblo!
Puedes herirme!
DOMIC. No!
VEREN. Mira que espones
tu corazon á mi sañudo intento;
que tengo tanto orgullo de mí misma,
tanta lealtad á mis vasallos tengo,
que si no me das muerte, es muy posible
que á un descuido fatal, hiera tu pecho!
DOMIC. Verenice, modera tus enojos!
Te ama mi corazon!
VEREN. (*con sarcasmo.*) Ya lo estoy viendo!
Amante me vencistes!
DOMIC. No venciera
y tú me despreciáras... Tanto esceso
de fiera saña en tus acciones sientes
que aun rendida no cesas?...
VEREN. No; no ceso!
Mira: yo era mujer... mujer tan débil
como la mas humilde, aun reina siendo.
Una noche; ay de mí! Romano altivo,
imprudente y audaz, á mi aposento
sus pasos dirigió; víle, y matarle
pude solo á una voz. Bravo guerrero,
mi razon le admiró, mi pecho débil
latió de una pasion al sentimiento,
y ciega, torpe, loca y delirante,
cautiva me dejó, le amé altanero!
Esa pasion creció, veloz, cual crece
en fértil campo el árbol corpulento,
y ya la vida me importaba poco
sin sentir de ese amor el goce tierno.
El hombre fuistes tú que lo inspiraste;
no te envanezcas, no, si lo confieso;
que si entregué mi corazon al tuyo,
débil mujer, la Reina fuí primero!
Pues bien, ciega de amor, por tí rendida,
rendido acaso ya mi heróico pueblo,
tanto ódio me inspiró la raza tuya,
tanto tu religion; tanto aborrezco

á ese pueblo Romano, tanta saña,
tal sed de sangre en mi garganta siento,
que, déjame llegar, y por saciarme,
loca por tí de amor, roto mi cetro,
haré puesto que en tí sangre hay de Roma,
con mis uñas girones de tu cuerpo!

DOMIC. Desgraciada de tí!... Yo te perdono
tu loco proceder; bárbaro ensueño
en que nació para desgracia suya
el rencoroso y vengativo hebreo!
Qué males os dió Roma?

VEREN. De su gusto
hacer esclavo á un pueblo!

DOMIC. Pobre pueblo!
si regido por bárbaras costumbres
echó la maldicion sobre su seno!

VEREN. Su religion quereis hacer pedazos!

DOMIC. Su religion! Tambien Roma á los cielos
humilde se postró, Dioses amando
con ciega idolatría, obedeciendo
á la ley natural; del gran profeta
vió el inmenso poder, miróle escelso,
y dejando su idólatra locura,
se prosternó á Jesus, Dios verdadero.

VEREN. Pues si Roma abdicó, mísera esclava,
ó alucinada acaso, yo no quiero.

DOMIC. Y ese Dios á tu pueblo castigando,
hoy se venga de tí!

VEREN. Nos queda el tiempo;
todo poder á su poder se rinde;
y si hoy sucumbe la Salem que pierdo,
aun de la raza hebrea queda el rastro;
ella reconquistando sus derechos,
altanera verá que llega el dia
que abraza su poder el universo.

DOMIC. Roma en Jesus creyó, porque en él mira
un ser tan sin igual y tan supremo,
tantos prodigios en su triste vida,
tanta humildad y fé, tal sentimiento,
y un sobrenatural poder tan alto,
que fuera gran delito no creerlo.

VEREN. Pues si Roma creyó, la raza hebrea
no le puede creer, ni yo le creo!

DOMIC. Y sucumbe!

VEREN. Sucumbe, y la honra salva!

DOMIC. Pobre honra, que se salva sucumbiendo!

VEREN. Romano, basta ya; pues que mi vida

te pertenece, el homicida acero
descarga sobre mí!
DOMIC. Cómo matarte!
VEREN. Cobarde!
DOMIC. Verenice!
VEREN. Tienes miedo?
DOMIC. Si de ese pecho el corazon es mio,
cómo verter su sangre? No, no puedo.
Escúchame mujer, ídolo ó diosa.
Yo, desde que te ví, te adoro ciego.
Si aquí te cautivé, no fué por saña,
fué porque de mi amor soy instrumento.
Yo no puedo vivir sin tu hermosura;
desde que te miré vivo muriendo;
ten de mí compasion, venza tu orgullo
esa pasion que inunda nuestros pechos.
VEREN. Existe entre los dos una barrera...
DOMIC. Rompámosla.
VEREN. Romperla! Ni yo debo,
ni tú la has de romper.
DOMIC. Si claro miras
cómo el Supremo Dios castiga al pueblo
que osado le insultó, no reconoces
que ese es el Dios mas grande y verdadero?
VEREN. Ardides de la guerra, no prodigio
de ese poder que inmortalizas ciego.
DOMIC. Ah! no; mi corazon siente su influjo!
VEREN. El mio lo rechaza, que es de hierro!
(Un fuego rojo, que en este momento se destaca sobre la Ciudad, demuestra el incendio de ella.)
DOMIC. Mira; mira cuál arden las murallas
de tu Jerusalem! Contempla el cielo
de negras nubes tu purpúreo manto
con sus límpidas perlas ofendiendo!
(Se oye tormenta. Se oscurece repentinamente la escena. Muchos hebreos desbandados la atraviesan.)
Repara tus vasallos, cual la huida
intentan por do quier; su paso incierto
les previene su mal. Vé cual se irritan
airados de tu error los elementos;
ellos te dicen que de luz el ástro
no mas renacerá para tu pueblo;
que no es de los Romanos la victoria
azares de la suerte; que es el premio
al que en el Dios creyó; justo castigo
al que le escarneció bárbaro y ciego!
Mírale airado que á tu mente llega

su doctrina santísima infundiendo:
«ámame,» te repite: «que te salvas;»
yo me postro á tus piés, yo te lo ruego.
(*se arrodilla.*)
Ama á ese Dios, por la pasion tan pura
que mi presencia le infundió á tu pecho;
ámale; que ese Dios tu amor bendiga,
y yo seré tu amante, no tu dueño.

VEREN. Oh! Calla! que tu voz en mis oidos
de tal modo sonó, que ya no acierto...
Mi pié vacila... Horrorizada miro
la roja luz que á mi Salem en fuego
convierte de una vez... Tiemblo de espanto
al sentir estallar los elementos...
Miro correr al pueblo que fué mio,
y ni aun puedo correr... Mi raza veo
que se estingue... ó errante y esparcida,
rota, desecha, miserable espectro,
despreciada se vé... De luz vivísima
en mi mente penetra ese destello
que me hace vacilar!...
(Señalando á un ángel que ha aparecido en el monte llevando una antorcha en una mano y una espada en la otra.)
Una armonía
dulce, apacible, en mis oidos siento.
(*una dulce armonía se oye lejana.*)
Ya dudo de mi fé!... Ya la doctrina
de Jesus obra en mí!... Ya me estremezco.
Ya temo de ese Dios duro castigo!...
Ya siento su poder!... Cielos! qué es esto?
Si eres tú quien asi mi mente inflama,
si de tu ser el reluciente acero
es el que me amenaza por mi culpa,
perdóname, gran Dios! yo... ya te creo!
(Cae de rodillas. Pausa. Ha desaparecido el ángel. Oyensé dentro instrumentos belicos y voces de triunfo.)
Voces (*dentro.*) Viva Roma!
(Verenice levántase sobrecojida; Domiciano la toma de una mano.)

DOMIC. Ya temor
no has de tener al Romano;
te ampara el Dios soberano,
te ampara tambien mi amor.

VEREN. Mas, tú...

DOMIC. Domiciano soy;
de acuerdo con nuestras leyes,
tu me das sangre de reyes,

yo el hijo de un rey te doy.
VEREN. Ah! siente mi corazon
tranquila y plácida calma!
DOMIC. La fé en Dios, salva tu alma.
VEREN. Bendita su religion!
DOMIC. Ya del clarin el sonido
anuncia en marcha guerrera,
que de Jesus la bandera
ante Salem ha vencido.

(Cúbrese la escena, pero sin ocupar el frente, de Romanos y Hebreos vencidos que llegan tras de Vespasiano.)

ESCENA VII.

Dichos, VESPASIANO, CLEOPATRA, FABIO, *Soldados Romanos*, *Amazonas y Hebreos*.

VESP. Hijo! (*con alegría al verlo.*)
DOMIC. Padre! (*presentándole á Verenice.*)
Cual presea,
cumpliendo mi juramento,
hoy altivo te presento
cautiva á la Reina Hebrea.
Mi brazo no la rindió,
fué de Jesus la doctrina;
un rayo de luz divina
que del cielo descendió.
Juré, amándola, en su vida
vengar mi error, ya lo has visto;
á la fé de Jesucristo
te la entrego convertida.
Hazme dueño de su mano,
y tan dichoso seré,
que de hoy mas, no envidiaré
los laureles de mi hermano.
VEREN. Gran señor! (*echándose á sus piés.*)
VESP. (*levantándola.*) Alza del suelo,
que hoy á mí no has de postrarte;
solo debes humillarte
á ese Dios que está en el cielo.
El, que un reino te quitó,
asi vengando su duelo,
como bienhechor consuelo
su luz divina te dió.
Mas, Tito...
FABIO. Por esta parte,
valeroso y arrojado,
fué persiguiendo al soldado

que nos ganó el estandarte...
Vesp. Oh! percance fué cruel,
que consintiera el destino
la imágen del Ser divino
en las manos de un infiel!
Fabio. Ya llega!

ESCENA VIII.

Los mismos, Tito, David, *Soldados Romanos y cautivos Hebreos.*

Tito. Señor, rendido
á este caudillo te doy.
La bandera, por quien soy,
recuperar no he podido!
Con ella le ví salir,
seguíle, le hallé sin ella;
sin duda su mala estrella
la abandonó para huir.
Un prodigio le ha salvado!
Fué grandemente en su huida,
sin recibir una herida,
por mi mano acuchillado!
Cien saetas le arrojó
mi gente, en el corto trecho,
y aunque dieron en su pecho,
ninguna mal le causó.
Canséme de acuchillarle,
inmóvil me resistia,
y aunque bien le acometia,
yo no he podido matarle!
Vesp. Entonces, cómo rindió
su orgullo á tu poderío?
Tito. Dócil, impasible y frio,
venir hasta tí pidió.
Vesp. Habla pues. (*á David.*)
Dav. Déjame hollar
tus plantas; indigno soy...
No como cautivo voy
tus piés, señor, á besar.
De que un altísimo don
me ampara, tu hijo es testigo,
recíbeme como amigo,
dando á mi culpa perdon.
Ya la batalla perdida,
tu Aquilífero rendí,
y el estandarte cogí

que me estorbaba en la huida.
Con incierta confianza,
el lienzo, do dibujado
está Jesus enclavado,
arranqué; tiré la lanza,
y ocultándolo al huir
en mi pecho, ni saetazos,
ni estocadas, ni lanzazos,
pudieron mi pecho herir.
(*Saca el lienzo del pecho.*)
Este prodigio, en verdad,
me ha hecho ver claro y sin dolo,
que Jesucristo es tan solo
el Dios de la humanidad.
De su gran bondad en pos,
á tu obediencia me inclino,
pues miro en Jesus divino
al único hijo de Dios!

VESP. Y yo que de hoy mas la ley
de Jesus acato y sigo,
te recibo como amigo,
perdonando de tu grey
los que, por gracia divina
huyendo del mal sendero,
sigan del Dios verdadero
la santísima doctrina.
Hijo, Domiciano, esposa
en Verenice te doy: (*Los une.*)
Tito, mis brazos: ven, hoy
de placer mi alma rebosa! (*Lo abraza.*)
Y tú, oh Dios! por quien luché,
ya que mi voz te proclama,
sobre mi pueblo derrama
el manantial de la fé.
Que tu omnipotencia vea;
muéstrale tu poderío,
para que hoy el pueblo mio
te adore, vendiga y crea!
Y si es verdad que en la cruz
moristes por redimirnos,
Señor, ven á persuadirnos
con tu santísima luz!

(Vespasiáno pronuncia estos versos con verdadero entusiasmo. Abrese por completo la roca que forma el centro del monte, dejándose ver una especie de templete formado por varios grupos de ángeles todos con antorchas en las manos. En el centro de este templete se hallará sentado Josefo, teniendo á su derecha un gran libro. Todos los

circunstantes dirigen su vista hácia aquel sitio con agradable admiracion.)

ESCENA ÚLTIMA.

Los mismos, JOSEFO, ANGELES.

TITO. Cielos!
DOMIC. Prodigio!
DAV. Ay! de mí!..
VEREN. Justo Dios!
VESP. Eterna gloria!
JOSEF. Esta es de Salem la historia,
hebreos, qué os ofrecí! (*Señalando al libro.*)
Triste pueblo en que nací,
ya de tí no queda nada!

(El fuego ha consumido la parte de Ciudad que se veia al fondo en la altura y al decirse los anteriores versos, la Ciudad habrá desaparecido de la vista del espectador dibujándose en su lugar un oscuro horizonte.)

Errante y diseminada
quedará la raza hebrea!
Llorad, hijos de Judea!
Ay! ciudad desventurada! (*Pausa.*)
Solo hay un Dios! Fué creado
por él el mundo y la vida;
su carne fué concebida
sin mancilla de pecado;
nació de humildad dechado
quedando su Madre pura;
y de la celeste altura
descendió potente y justo,
sufriendo martirio injusto
por redimir la criatura.
Desde el cielo, heróica grey,
hoy lanza sus bendiciones
sobre las fuertes legiones
que defendieron su ley.
Como soberano rey,
castigó sin compasion
la raza de maldicion
que rechazó su doctrina.
Adorad la Cruz divina
que es signo de redencion.

(En el horizonte que ha sustituido á la Ciudad se dibuja una Cruz roja de grandes dimensiones. Todos se arrodillan y la adoran.)

Desciende, luz celestial!
Sobre ese pueblo derrama

la santa fé, que hoy proclama
la ley sobrenatural.

(Ilumínase la escena con luz eléctrica ó de bengala blanca, y desde este momento hasta la caida del telon, una vaga y deliciosa armonía se oye lejana.)

Huye; apártate del mal,
pueblo! Cree en el Redentor!
Pues El, grande y bienhechor
hoy te aparta del abismo;
empiece en tí el Cristianismo.
Bendito seas, Señor!

(Dice estas últimas palabras elevando las manos al cielo y cae el telon pausadamente.

LUIS MEJÍAS Y ESCASSY.

FIN DEL DRAMA.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice, obteniendo la aprobacion de la Censura Eclesiástica.=Madrid 21 de Agosto de 1867.= *El Censor de Teatros*,=Narciso S. Serra.

El drama «JERUSALEM Ó EL TRIUNFO DEL CRISTIANISMO» que he examinado por disposicion del Illmo. Señor Obispo de esta Diócesis, me parece conforme en todo al dogma católico y á la sana moral, si bien falto de conveniencia en algunos episodios y de verosimilitud dramática en las apreciaciones históricas.=Cádiz 13 de Noviembre de 1867.= **Vicente Calvo y Valero.**

Cádiz 20 de Noviembre de 1867.=En vista del anterior dictámen del Censor Eclesiástico, y conformándonos con él, concedemos nuestra licencia por lo que á Nos toca, para la representacion del drama: *Jerusalem ó el triunfo del Cristianismo.*=Lo decretó y firma el **Señor Gobernador Eclesiástico por S. S. I. el Obispo** mi **Señor**, de que certifico.=**M. Dr. Roa** =**Federico Morales y Mateos.**=**Secretario.**

PINTO:
IMPRENTA DE G. ALHAMBRA,
CALLE DE LAS MONJAS, 8.
1868.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

Rigoletto ó el bufon de la Córte de Mántua.
Travesuras de amor.
La Carcajada. (*Parodia.*)
Los siete niños de Ecija.
Juan Palomo. (*Segunda parte de la anterior.*)
Del crímen á la virtud. (*Tercera parte id.*)
De pretendiente á ministro.
Los gitanos de la Caba.
Los grandes infames.
Elt riunfo de la Marina Española.
El sepulturero del cementerio de San Nicolás.
Juan el perdio. (*Segunda parte, Parodia.*)
Jerusalem ó el triunfo del Cristianismo.
La aurora del mejor sol.

